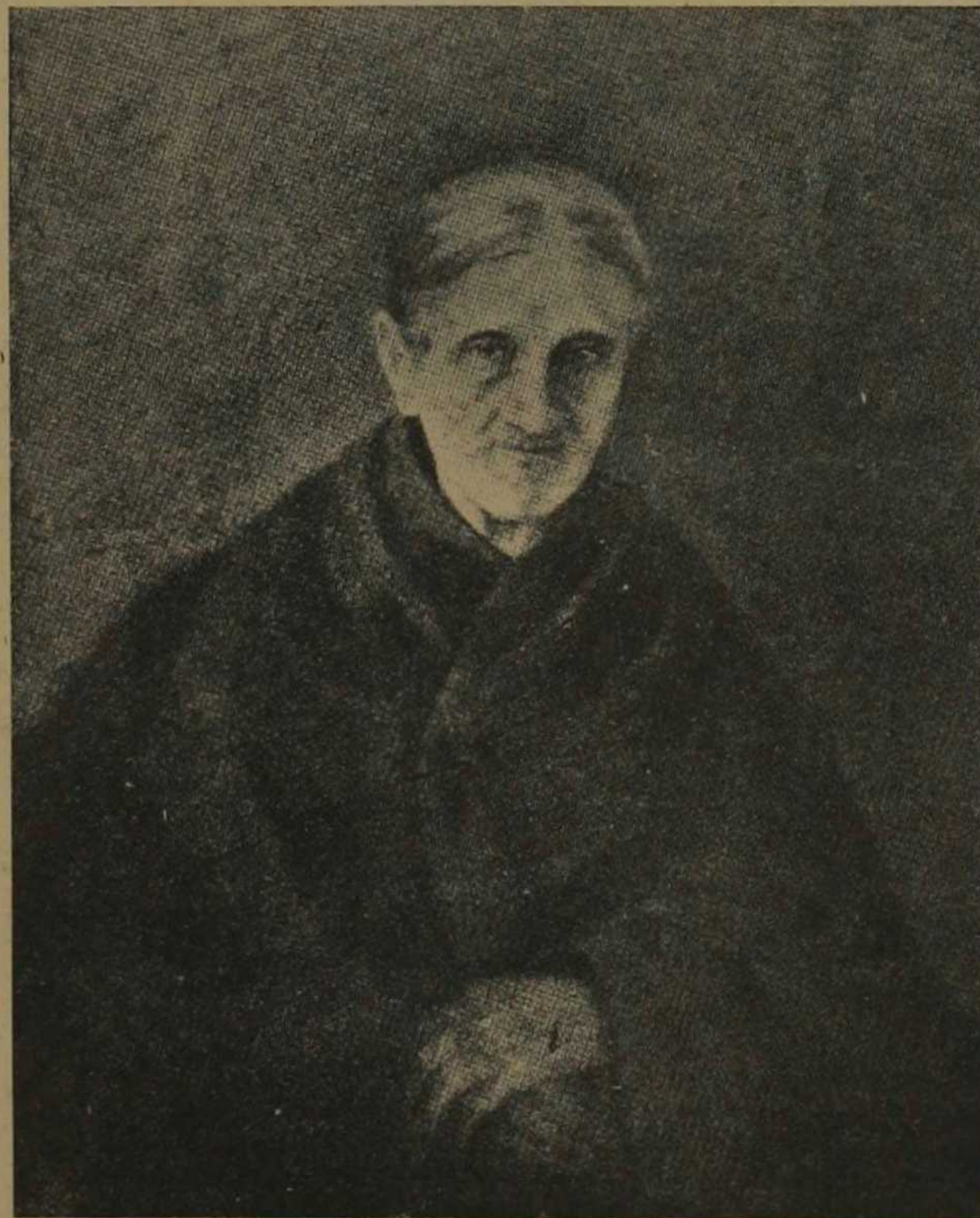


# Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

*De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias  
y Educación, Misceláneas y Documentos*

VOLUMEN XLIX



Doña Paula Albarracín de Sarmiento  
(Oleo de Eugenia Belín Sarmiento)

Editor: J. GARCIA MONGE  
San José de Costa Rica

— 1955 —



## La más rica de las argentinas

Por Herminia C. Brumana

(Del sugestivo libro de comentarios docentes, **A Buenos Aires le falta una calle**. Ilustraciones de W. Melgarejo Muñoz. Editorial Losada, S. A. Bs. Aires, 1953)

Carecía de todo: le faltaba hasta el pan de cada día. Lo ganaba entonces con el apremio febril de la madre que multiplica en ciento su hambre con el hambre de cada uno de sus hijos. Lo ganaba a destajo, con el acelerado ritmo que imprimía a sus manos habilidosas, maestras en todas las industrias del tejido, ignorantes en el gesto que copia la postura estática del ocio. Carecía de todo. Cuando le llegó la época de la vida en que sus sentimientos de doncella urgían concretarse en un hogar, techo y refugio par sus sueños y realidades, muros para cerrar en el espacio de su mundo su responsabilidad de mujer, debió hacerlo ella también a fuerza de tarea, hurtándole al tiempo las horas de la fiesta o del descanso.

...“La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción...”

En 1801, doña Paula Albarracín, joven de 23 años, emprendía una obra su-

perior no tanto a las fuerzas, cuanto a la concepción de una niña soltera:

“Con el producto de sus tejidos había reunido mi madre una pequeña suma de dinero. Con ella y dos esclavos de sus tías echó los cimientos de la casa que debía ocupar al formar familia. Como aquellos escasos materiales eran pocos para obra tan costosa, debajo de una de las higueras que había heredado en el sitio, estableció su telar y desde allí, yendo y viniendo la lanzadera, asistía a los peones y maestros que edificaban la casita, y el sábado, vendida la tela hecha en la semana, pagaba a los artifices con el fruto de su trabajo.”

Así se alzó el que Sarmiento llama “Mi hogar paterno”, humilde en su origen, modesta en su factura, vulgar en su apariencia, una casa más, una de las tantas casas de adobe que formaban la ciudad de San Juan. Una casa que, por el transcurso del tiempo sufrió varias transformaciones.

Y en esta casa, iluminándola con su sonrisa paciente y esperanzada, la madre de Sarmiento, ejemplo vivo de esas mujeres bíblicas que da mi tierra y que permanecen en la oscuridad confundidas con el suelo, el agua, el aire, con los elementos que por ser razón de vida no aparecen sobre la vida y se confunden en ella.

Mujeres con personalidad y cuyo mérito está en que no intentan brillar sino como la luna, por reflejo.

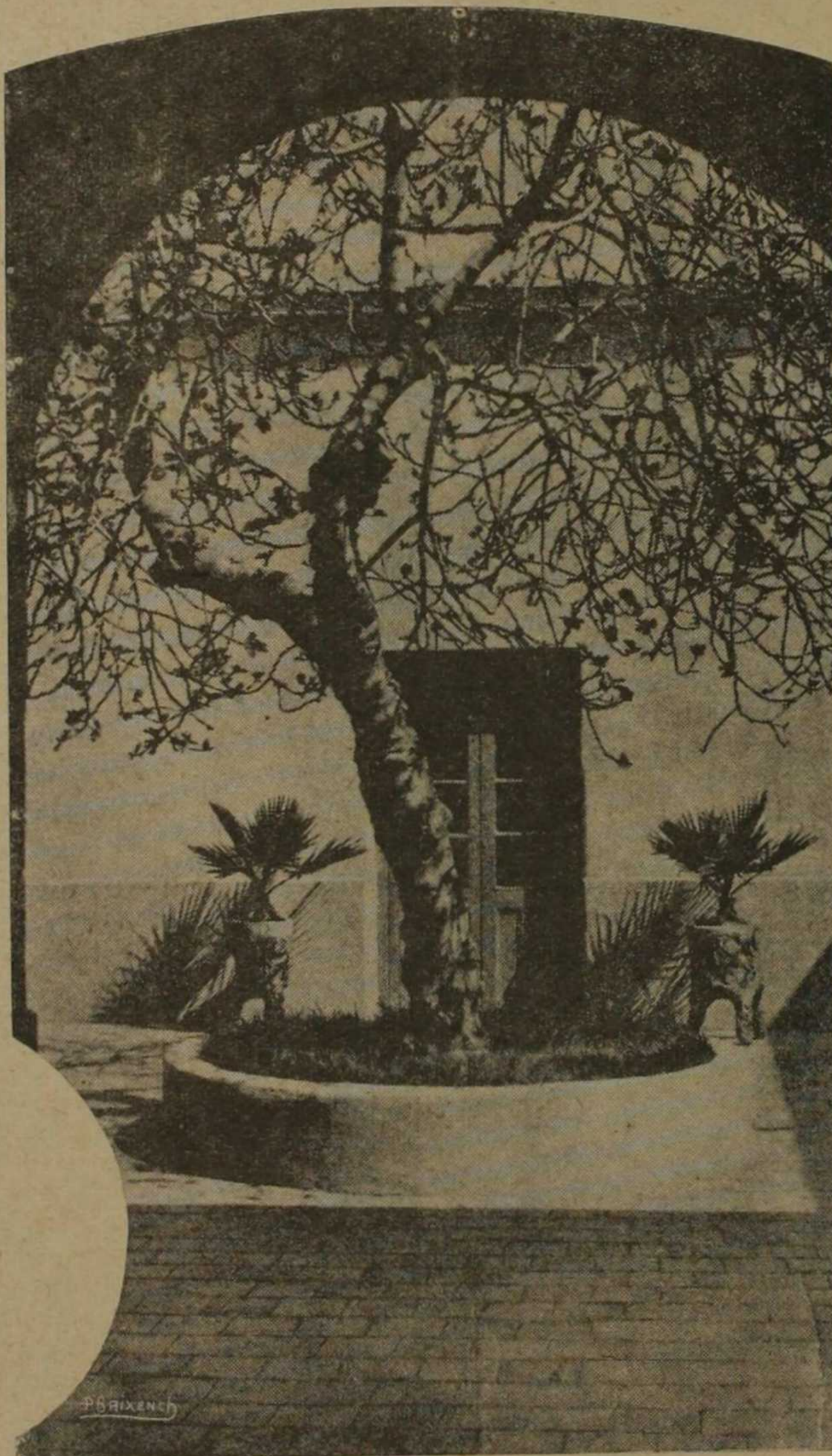
Pero en este caso especial, el reflejo viene del arte, una pluma genial que revive esa alma, que la recrea para que subsista a través de los tiempos en la memoria de los hombres, para que sirva de jalón y de fanal y a la vez que todos sepan:

“La historia de mi madre: Siento una opresión de corazón al estampar los hechos de que voy a ocuparme. La madre es para el hombre la personificación de la Providencia, es la tierra viviente a que se adhiere, el corazón, como las raíces al suelo...”

Algo más que una madre — la mejor para cada hijo —, había bajo esa pasta femenina privilegiada y era su ejemplo silencioso, pero eficiente, necesario a la vivificación del carácter del gran hombre, como el aire a la oxigenación de los pulmones, y aquella actuado como éste por sola acción de presencia, sin máximas, ni sermones, ni castigos, ni promesas.

Verdadera aptitud educativa que ha de gravitar en las almas por la fuerza imponderable de una calidad de espíritu que todo lo rebalsa en vida y sigue influyendo en los seres que tuvieron su cercanía corpórea, hasta después de muerta. Sin embargo tal aptitud educativa es a veces, independiente de la instrucción y ajena a toda ilustración, pues la madre de Sarmiento era casi inalfabeta:

“Sabía leer y escribir en su juventud, habiendo perdido por el desuso esta últi-



A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera, nos despertaba antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades.

(D. F. Sarmiento, **Recuerdos de Provincia**, tomo III de sus Obras, Buenos Aires, 1855).



# REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLIX

San José, Costa Rica

1955

Jueves 20 Enero

Nº 1

Año 34 — No. 1164

## Herminia C. Brumana en el recuerdo

(Homenaje del Rep. Amer.)

### HERMINIA BRUMANA

(En Estampa, Br. Aires I-II-54)

Tenía el don de la gracia, de la voluntad y de la inteligencia y, como en el caso de ella no era cuestión de hacer las cosas a medias, el cielo le concedió asimismo una clara y exacta belleza. Hecha de hermosos y grandes ojos castaños, nariz perfecta y labios que sonreían siempre a través del insinuante silencio. Alta, elegante, firme, sellaba sin esforzarse en lograrlo el ambiente en que se hallara. Por lo demás, iba y venía con la vida, haciendo restallar valientemente el fustazo de sus verdades. Al decir *con la vida*, significo deliberadamente su plástica humanidad, su arte para captarlo y comprenderlo todo—la minucia y el gran problema.—Así, abordó largos años, desde las páginas de diarios y revistas, infinidad de temas arrancados a la existencia cotidiana, y que ella amasaba con levadura de sutil talento, para ofrecerlos a la meditación o al deleite de sus lectores. Casi siempre fué lo primero, pues Herminia Brumana —pensadora— escribía para que los otros también pensasen... En esta injusticia o en aquel olvido reparables; en este falso alarde de bondad o en aquella dulce bondad postergada; en esta ingratitude incomprensible o en aquel agrade-



Herminia C. Brumana

\*

cimiento recatado. No fué amarga por naturaleza ni rebelde por despecho; sino amarga de dolor rebelde ante todo sufrimiento inútil.

Estaba cerca de Dios por la pura intención de felicidad con que siempre inclinaba su alma sobre el destino asendereado del hombre. Descubría, señalaba, castigaba con la pluma a los necios y a los indiferentes,

ma facultad cuando era anciana. Su inteligencia es poco cultivada o más bien destituida de todo ornato. Pero su alma, su conciencia, estaban educadas con una elevación que la más alta ciencia no podría por sí sola reproducir jamás. Yo he podido estudiar esta rara beldad moral, viéndola obrar en circunstancias tan difíciles, tan reiteradas y diversas, sin desmentirse nunca, sin flaquear ni contemporizar, en circunstancias que para otros habrían santificado las concesiones hechas a la vida".

Tenía, sobre todo, la rara virtud de saber ser pobre, ejercicio éste del cuerpo y del alma tan riguroso, tan esforzado, que más que disciplina humana pareciera menester de santos. Y es que para esta mujer la pobreza era un acaso, un accidente, un episodio sin importancia, no una deshonra. Y la llevaba sin sentirla, como se lleva una circunstancia cualquiera que no tiene nada que ver con la raíz de nuestra vida, ni con la solución de nuestra muerte. Era que el estado de ánimo que es la pobreza, no podía posesionarse de tal espíritu porque una fuerza superior lo desplazaba. Me refiero a su fe que la confortaba siempre por una esperanza a quien ella llamaba Providencia y que nosotros explicamos como coincidencia o casualidad de acontecimien-

tos.

Era así, que cuanto más cerca estaba el desaliento, la desesperada hora en que ya no se cree, una mano invisible tendía su palma hacia ese corazón acongojado para que pudiera alzarse nuevamente y decir como siempre: creo en mi buena estrella.

"La Providencia la ha sacado de conflictos por manifestaciones visibles, auténticas para ella. Mil casos nos ha contado para probárnoslo", anota Sarmiento.

Esta certeza en que debía cumplirse a su hora una especie de justicia superior, esa fe en que no podía quedar desamparada una conducta tan recta como la suya, esa firme convicción que todo llega la trasvasó a su hijo, quien, maguer las tempestades que lo azotaron, a derecho de viento y marea que más de una vez hicieron zozobrar su espíritu, tuvo también la certeza, que cumpliría su destino. Acaso en el rodar de sus días infantiles, en presencia de la fe de su madre, se gestó en su cerebro tan definida convicción, tan rotunda certidumbre, que cuando supo expresar su pensamiento, la frase surgió hecha desde el fondo del subconsciente, rumiada por sendos días y noches de prueba:

"Las dificultades se vencen, las contradicciones se acaban a fuerza de con-

a los egoístas y a los fatuos, y no hallaba piedad alguna cuando su voz recia—madura del espíritu, desbordado en letra escrita—se desataba como un alud sobre la inercia de los cobardes.

Lo tenía todo para sentirse dichosa, y lo fué intensamente, como cabía a una elegida de su temple; pero nunca olvidó a quienes no lo eran. Gran señora, gran mujer, escritora de límpidos blasones, tenía que resultar también una amiga perfecta y codiciable. No daba por eso su amistad: sólo pudo atraérsela en justa ley aquel que la merecía. Aún joven, la muerte reparó en ella... La vió inclinada sobre su libro póstumo y le concedió una tregua... Larga, dolorosa, terrible... El libro acaba de editarse. Se llama "A Buenos Aires le falta una calle" y, como en tantas de sus obras, intenta reparar con ésta la ausencia de un nombre en la digna majestad de nuestra Historia.

Así fué Herminia Brumana, que tanto nos angustia hoy con la suya... Pero volvamos a encontrarla. Está presente en *Palabritas*, *Tizas de colores*, *Cartas a las mujeres argentinas*, *La grúa*, *Nuestro hombre*, en centenares de artículos y notas y en una obra de teatro. Había visto la luz en Pigüé; Buenos Aires le cerró los ojos.

Hilda Pina Shaw.

tradecirlas."

Esta figura de mujer tiene además el mérito de no enceguecer con su luz e iluminar sólo su persona, ya que no eclipsó con su virtud al padre de Sarmiento, para quien el escritor tiene un recuerdo cariñoso, nacido más de la ternura que de la justicia. Con toda comprensión se empeña en presentárnoslo en su faz simpática, olvidándose de sus defectos o acaso haciendo que los estimemos. Y es que esa mujer tesonera y voluntariosa eligió para compañero de su vida a quien tenía más que todo méritos de su apostura varonil. Pensó con Goethe que "la presencia de un gallardo mozo es siempre algo" y pagó el tributo de su amor a la belleza, consagrándole su vida sin una queja, ni un reproche. Enseñó a sus hijos a respetarlo y los festejos de su cumpleaños surgen en los recuerdos más puros de Sarmiento:

"Algunas ramas de la niguera iban a frotarse contra las murallas de la casa y calentadas allí por reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sezonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia".

Por eso logra ver en el padre más las bondades que los defectos, recalca sus



## Evocación de Herminia C. Brumana

(En Orquídea, Paraná, Rep. Argentina, Marzo del 54)

Fué de las primeras mujeres que, en América, hablaron de la justicia social y de la dignificación de su sexo. Entendámonos. Otras lo han hecho valientemente y con una tenacidad efectiva: Alicia Moreau, Raquel Camaña, Paulina Luisi, por ejemplo, en esta parte del continente que baña el Plata. Pero su acción y su prédica afectaron lo político o lo sociológico aunque en el fondo de todas ellas latiera un humanismo tierno, de madres o de hermanas, que es difícil, felizmente, para la mujer desentenderse de su ternura. Herminia Brumana llevó el tremendo alegato a la literatura y no salió nunca de allí pues era artista y bien sabía dónde radicaba la eficiencia de su lucha.

En sus cuentos de ficción o de realidad amó con bella y dulce palabra. En ese sentido vivió en estado de amor y quizás se consumió pronto porque los fuegos que arden dentro del alma queman más que los que se encienden para carbonizar los leños. Su calor nos queda como suave rescoldo y siempre ha de producir vida, indudablemente y más y más a medida que se la conozca mejor y se aprecie, en conveniente perspectiva, la trascendencia de su obra.

méritos de patriota y disimuladamente achaca a la época su manera de desentenderse del hogar, interesándose en una existencia con riesgos por un ideal heroico y dejando a su mujer la oscura heroicidad de la madre humilde, pero valiente, que asume el deber de ser también el hombre de la casa... Por lo demás, la época lo exigía y sólo así podían ganar los hombres la guerra pues las mujeres ganaban la paz.

"A poco de terminada la casa, mi madre casó con don José Clemente Sarmiento, joven apuesto, que le trajo en dote la cadena de privaciones y miserias en que pasó largos años de su vida. Era mi padre un hombre dotado de mil cualidades buenas, que desmejoraban otras, que, sin ser malas, obraban en sentido opuesto.

"Cuando la revolución de la independencia sobrevino, su imaginación fácil de ceder a la excitación del entusiasmo, le hizo malograr en servicios prestados a la patria las pequeñas adquisiciones que iba haciendo.

"Una vez, en 1812, había visto en Tucumán las miserias del ejército de Belgrano, y de regreso a San Juan, emprendió una colecta en favor de la patria que llegó a ser cuantiosa. Fue encargado de llevar personalmente al ejército su patriótica ofrenda. En 1817 acompañó a San Martín a Chile... y desde el campo de batalla de Chacabuco fue despachado a San Juan llevando la plausible noticia del triunfo de los patriotas...

"Con estos antecedentes mi padre pasó toda su vida en comienzos de especulaciones, disipando su energía en largos viajes...

"Por aquella mala suerte de mi padre y falta de plan seguido en sus acciones, el sostén de la familia recayó desde los principios del matrimonio sobre los hombros de mi madre y bajo la presión de la necesidad que nos críamos vi lucir aque-

Herminia C. Brumana fué maestra. De su vocación docente surge el perfil de su estilo limpio y sencillo como voz de aula. El que es maestro quiere enseñar siempre, quiere obtener frutos espirituales en todo día como si urgiera—y urge en verdad,—el alimento para las gentes desposeídas de buena pasión. Se siembra aunque no se recoja enseguida. Se abona la tierra con lágrimas o con sangre, que el dolor es buen abono, pensando en la luz para los ojos de los hijos y en la felicidad para el mundo en que ellos vivirán. Y en ese mundo, lo sabía muy bien Herminia, la mujer tendrá que transitar plena y eriguida, a resguardo de prejuicios y acechanzas, verdadera madre de verdaderos hombres. Por eso en *Cabezas de mujeres* primero y en *Mosaico* y *La Grúa* luego, pone frente al lector a la muchacha que trabaja, a la que se hunde en el fárrago del placer sensual, a la que cae, a la que cree y a la que reza, sufriente siempre, con luces o con sombra, con música o con llanto. Está clavada en su cruz y ella la muestra,—Ecce mulier,— para que deduzca el lector. Ella se ha valido de su arte para la conducción. Ha enseñado, ha sido maestra como decíamos.

lla ecuanimidad de espíritu de la pobre mujer...

"Sobrevinían inviernos que ya el otoño presagiaba amenazadores por la escasa provisión de menestras y frutas secas que encerraba la despensa, y aquel piloto de la desmantelada nave, se aprestaba con solemne tranquilidad a hacer frente a la borrasca. Llegaba el día de la destitución de todo recurso, y su alma se endurecía por la resignación, por el trabajo asiduo, contra aquella prueba. Tenía parientes ricos, los curas de dos parroquias eran sus hermanos y estos hermanos ignoraban sus angustias. Habría sido derogar a la santidad de la pobreza combatida por el trabajo, mitigarla por la intervención ajena; habría sido para ella pedir cuartel en estos combates a muerte con su mala estrella..."

Por eso insisto: carecía de todo, pero ahora es la más rica de las argentinas.

Tiene el corazón de todos los niños de su pueblo, que es decir lo más puro y lo más valioso. Los tiene a sus plantas, se lo ofrendan con sencillez en la emoción con que leen una vez y otra vez, acaso amando esos párrafos más que comprendiéndolos en toda su estupenda grandeza:

"La casa de mi madre, la obra de su industria cuyos adobes y tapias pudieron computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos..."

Una generación y otra y cientos, mientras haya pueblo argentino, volverán a leer: *La casa de mi madre...* Y la imaginación levantará de pronto tal como la descripción genial, las paredes de adobes... la higuera y dentro, doña Paula Albarracín, lanzadera en mano, tejiendo sin alzar la cabeza, fiel a su destino. Sólo que ahora teje la tela de su inmortalidad.

Fuente de información: **Recuerdos de Provincia**, de Domingo F. Sarmiento.

Y siempre lo mismo, en el cuento como en el estilo epistolar de *Cartas a las mujeres argentinas*. Y siempre la angustia de la encrucijada, la sombra en la ciudad llena de luces, el amor que se prolonga en puntos suspensivos, la cita dando perfume como la flor de un sueño... Cuando apareció *Me llamo Niebla* se veía bien que la escritora de *Cabezas de mujeres* iba a trabajar para siempre en el cuento, superándose en la forma por supuesto, porque en el cuento veía un arma magnífica para la redención.

Herminia amaba la tierra y la bendijo. Pero no la tentaban las flautas de Pan o los silvanos de los bosques. Emergía de esa tierra, con ramas fuertes y portando nidos y dándose en flores, un árbol que se llamaba Hombre. Amó al Hombre, el mejor fruto de la tierra, y lo estudió en su sino. Como era argentina, quiso ver su profundidad en el que va por la pampa y bebe del agua de los arroyos y se duerme con el rostro puesto hacia las estrellas. De ese propósito nació *Nuestro Hombre*, una de las más grandes exégesis de *Martín Fierro* que conocemos. Y como una continuidad en el propósito salió, pocos días antes de morir la autora, *A Buenos Aires le falta una calle*, en cuyas páginas, hermosamente presentadas, andan otros seres argentinos del pasado reclamando atención para su aventura.

Quería la querida muerta que en la tierra suya de Martín Fierro y de Don Segundo Sombra afincara la justicia. Pero jamás concibió la justicia sin la libertad. Porque la mujer y el hombre, sostenía, deben vivir en verticalidad, como nacieron y como se diferencian de la bestia. Justo y libre el ser se aproxima a los dioses. Cuando la justicia germina en el clima de la libertad, los dioses, a su vez, se inclinan hacia los hombres. Lo divino es lo humano liberado. Herminia luchó, bendita sea, por esa forma de divinidad.

Elio C. Leyes.

Paraná, marzo 1954.

### HISPÁNICA REVISTA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada; noticias acerca del hispanismo en América, y una sección escolar dedicada a las estudiantes de español.

4 dólares norteamericanos al año;

número suelto: \$ 1.00

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirector: Eugenio Florit

Hispanic Institute in the United States

Columbia University

435 West 117th Street, New York



## Con el Sr. Editor de "Rep. Amer."

Buenos Aires, Agosto de 1954.

Señor Director:

En nombre del grupo de *Amigos de Herminia Brumana*, constituido para difundir la obra y el pensamiento de la prestigiosa escritora argentina fallecida en enero de este año, me es grato enviarle un comentario sobre su último libro, rogándole se sirva darle cabida en las columnas de su diario.

Asimismo, debemos informarle que terminan de publicarse dos libros destinados a estudiar la personalidad y la obra de Herminia Brumana. Son ellos: *Perfil y obra de Herminia Brumana*, de Salomón Wapnir y *Semblanza de Herminia Brumana*, del Dr. Delio Panizza.

Con referencia al primero de los libros citados, el poeta Germán Berdiales ha escrito el soneto siguiente, cuya transcripción agradeceremos y que importa un homenaje a la memoria de la escritora desaparecida:

### DESPUES DE LEER "PERFIL Y OBRA DE HERMINIA BRUMANA", LIBRO DE S. WAPNIR.

*Leer, leer, leer, ¿seré lectura mañana también yo?  
¿Seré ni creador, ni criatura, seré lo (que pasó)?*

Miguel de Unamuno.

*Porque tal fué su voluntad expresa,  
ya el cuerpo es copo de ceniza blanca,  
pero el alma que en él estaba presa  
y de ese modo su envoltura arranca.*

*dando muestra final de la entereza  
que hiciera de su pluma una palanca,  
el alma quédase en la letra impresa  
como dice el Rector de Salamanca.*

*El alma de ternura y de bravura,  
alma de firme acero y suave raso,  
que en Herminia Brumana alentó pura.*

*—no hay trinchera más fuerte que un re-  
(gazo,  
ni lazo más ceñido que un abrazo,—  
para siempre en sus libros es lectura...*

**Germán Berdiales.**

Buenos Aires, 16 de julio de 1954.

Al agradecer desde ahora la colaboración que preste a nuestra tarea, mucho le estaremos nos haga llegar los números en que aparezcan nuestros envíos. La remisión deberá hacer a la dirección abajo indicada.

Saludo al señor Director con mi consideración más distinguida,

José A. RODRIGUEZ

José A. Rodríguez.  
Casilla Correo 4252.  
Correo Central-Capital Federal.

*En la revista Buenos Aires Literaria, que se publica en la Capital Federal, apareció el artículo que reproducimos con referencia al último libro de la prestigiosa escritora argentina Herminia C. Brumana. El comentario sobre A Buenos Aires le falta una calle es al mismo tiempo, un merecido elogio y un justiciero homenaje a la autora de tantos libros nobles, valientes y orientadores, fallecida en enero de este año.*

\*

## UN LIBRO PARA LA JUVENTUD

*A Buenos Aires le falta una calle* (1) es un libro sereno, reposado, lleno de ternura, con un ademán comprensivo y generoso. Nos detiene inteligentemente, nos recuerda lo que va, sin merecerlo, camino del olvido, salva aquello que debe ser salvado porque encierra un valor. Herminia Brumana luchó siempre por las causas justas, desde clamar en la prensa por la supresión del sórdido presidio de Ushuaia hasta reclamar para una criatura el derecho a la golosina. Siguiendo siempre esa línea realiza ahora el humilde menester de aproximar un hecho histórico, un libro poco leído, una figura olvidada. Cumple así una de sus viejas aspiraciones, lo que ella definió como "el deber del conocimiento de la tierra en su esencia y en su materia, en su pasado y en sus esperanzas."

Para ello hay que sacar las cosas de la fría eternidad a donde las relega el egoísmo cotidiano, incorporándolas de nuevo al torrente vital, traerlas a nuestra temporalidad, haciéndolas de nuevo acaecer, desangrándose. Esta reviviscencia sólo puede lograrla una mirada atenta y llena de ternura. Herminia Brumana lo realiza plenamente. Por eso nos estremece—después de más de dos siglos—ver bajar, Riachuelo abajo, una calabaza que lleva un mensaje, nos atrae la mujer desconocida que vino con la expedición de Garay y a la que, gracias a la magia de su pluma, vemos andar por la Plaza Mayor y moverse en el aire de un día de 1580 y hasta aquel Congreso de Tucumán, estereotipado en la plástica jura de la independencia, fijo en un 9 de julio extraterreno, se humaniza y conmueve en el anónimo gesto absolutorio del 6 de abril de 1816.

Este libro, aunque continúe nutrido por la misma vena generosa de su autora, es distinto a los libros anteriores de Herminia Brumana. En los otros se siente a la escritora en su concreta individualidad, en cuerpo y alma, en *A Buenos Aires le falta una calle* se percibe sólo su mano que indica y su luz que destaca. Ella no está en primer plano como en *Tizas de colores*, en *Mosaico*, o en *Cartas a las mujeres argentinas*; parece que se hubiera deslizado tras de sus personajes para vivir sólo de su reflejo. Esto le da al libro un matiz de madurez suma. Sin embargo se percibe la

continuidad del estilo y de sus temas, aunque aquel haya pulido sus aristas y éstos hayan sido enfocados cargando el acento sólo en lo positivo, confiando más en la eficacia del ejemplo que en la utilidad de la crítica. El bien diferenciable estilo de Herminia Brumana tiene caracteres netos. Su prosa, de un sabor peculiar, muy nuestro, dibuja en breves trazos y pone manchas rápidas de color. Su lenguaje había recogido de la jerga porteña los giros más certeros y del habla infantil los matices más conmovedores; sabía, con sencillez y eficacia, animar un ambiente y levantar una figura; era diestra, además, en hacer hablar a sus personajes. Recuérdense las páginas de *Tizas de colores* y las admirables protagonistas de los cuentos de *La Grúa*. En *A Buenos Aires le falta una calle*, hay capítulos como *Viveza criolla* que nos recuerdan anteriores páginas pero, en general, un más depurado lirismo y sobre todo, la exigencia de los temas elegidos han dado a la prosa de estos relatos una claridad sin agresiones, una luz tamizada que no desgarrar. La continuidad de la obra se percibe asimismo en el desfile de figuras femeninas que enriquecen la teoría de mujeres—hermoso bajo relieve para un pedestal—que ella fué construyendo desde sus primeras páginas. Aquí están los nuevos perfiles de Ana Díaz, la delfina, Paula Albarracín, la mujer de Bernardo de Irigoyen y hasta de aquellas muchachitas entrerrianas, anónimas, destacadas de una página de Saint Exupéry.

Siempre exaltó el valor de lo poético en la vida y en la educación. Aquí esa nota se percibe más intensa. Es singularmente hermoso el capítulo en que se destaca la figura de Serapio Suárez que iba por los ranchos de Córdoba recitando Martín Fierro y de cuyos labios escuchó Lugones por primera vez las estrofas de Hernández. Exalta también la figura de Guido Spano cuya presencia, al decir de Darío embellecía nuestra ciudad. Se detiene en la leyenda de Santos Vega y en el proceso de elaboración del Fausto criollo. Como Herminia Brumana según lo dijo tantas veces, y lo repite en el prólogo de este libro fué ante todo maestra, y tenía "la alegría del oficio", el libro ha sido pensado y escrito para sus lectores a los que facilita, al pie de cada capítulo, las fuentes literarias o históricas de sus glosas. Es ésta una hermosa obra para poner en las manos de los alumnos de las escuelas argentinas y de toda la juventud de América.

Personalmente, para el lector íntimo, este

(1) Herminia Brumana, *A Buenos Aires le falta una calle*, Buenos Aires, Losada, 1953.



libro cierra un ciclo. Y lo cierra armoniosamente. Herminia Brumana cumplió el voto que formulara en *Cabezas de Mujeres*; todo cuanto escribió fué una incitación a la justicia y al amor. Vehemente, exaltada, en sus libros de extrema juventud, serena y comprensiva en su madurez, su mensaje estremecerá siempre las conciencias. He vuelto a releerla estos días con cierta nostalgia de viejas emociones para integrar con éste, su último libro, *Mi imagen de ella*. Releer después de una pausa de años, a un autor que se ha seguido fielmente, es una prueba para él y para el lector. Yo he leído a Herminia Brumana con amor—como ella leía su Rafael Barret—y mi experiencia no me ha defraudado. De las páginas de hace 20 años se levantó el mismo hábito, el mismo impulso generoso y combativo, la misma fuerza intransigente y poderosa y al mismo tiempo la lectora sintió alzarse en su alma la misma onda de otros días, cálida y avasalladora, la misma adhesión por los valores incommovibles. Para crear ese núcleo íntimo de autor y lector deben darse en cada caso, como para toda relación humana, circunstancias particularísimas. Las mías, valen para mí exclusivamente y fueron sin duda una infancia dirigida hacia sus mismos ideales y una comunidad de lectura y de ambiente. Ella



fué la rúbrica y la confirmación que es menester recibir del mundo en la adolescencia. Otros lectores tendrán otros vínculos y nuevas generaciones se le irán ligando indisolublemente. Sus obras tienen una vida perdurable porque nacieron de una vocación sincera y constituyen una lección no desmentida.

Julietta Gómez Paz.

\*

## Herminia C. Brumana

Maestra y escritora argentina, nacida en Pigüé (provincia de Buenos Aires). Graduada en la Escuela Normal Nacional de Olavarría, siendo alumna de la misma obtuvo el primer premio en el concurso literario de la Biblioteca Popular de esa ciudad, en 1916, con un trabajo sobre *Influencia de las bibliotecas populares en la cultura de los pueblos y apoyo que éstos deben a dichas instituciones*. Actuó como docente en su pueblo natal y fundó y dirigió allí una revista literaria, social, de ideas y crítica. Esta iniciación periodística—apenas cumplidos los 20 años de edad—coincidió con su colaboración en periódicos y revistas del país. Desde las más modestas hojas “de ideas”—a las que siempre prestó su decidido apoyo, hasta las publicaciones más importantes, acogieron sus trabajos, que se reproducían en toda la República, difundiendo su nombre y su prédica. Eran por lo general páginas breves, orientadoras, pequeños mensajes de una maestra de pueblo que escribió para decir cosas y que prolongaba así su misión de educadora. En su medio y en esa época su prédica debió suscitar reparos y reavivar prejuicios latentes, sobre todo por la índole liberal y renovadora que entrañaba su labor. Un secretario de Consejo Escolar se creyó obligado a enviarle una nota advirtiéndole que debía abstenerse de tales publicaciones y amenazando con adoptar medidas. Herminia Brumana devolvió tal nota, señalando en ella, con tinta roja, los errores de ortografía, y escribió: “Ortografía: O.”, y la firmó. En 1918 editó su primer libro, *Palabritas*, destinado a lecturas de grados superiores y en cuyas páginas apunta ya, en estilo conciso y emotivo, la orientación humana y justiciera de su labor posterior. Radicada en Avellaneda, desempeñó en varias escuelas la docencia, destacándose como una maestra de vocación y de espíritu innova-

dor, que debía chocar más de una vez con la rutina burocrática. Radicada en la Capital Federal, su nombre como escritora, a través de colaboraciones en *Caras y Caretas*, *Nosotros* y en la prensa periódica, logró un perfil propio, acentuado al editar *Cabezas de mujeres*, en 1923, recibido por la crítica como una aportación, no sólo original y valiente, sino como afirmación de una personalidad literaria de relieves singulares. Su mencionada actuación docente, en la provincia de Buenos Aires primero y luego en la Capital, destacó asimismo en todo momento su acendrada vocación de maestra—más allá de reglamentaciones frías—con alto sentido social, contándose por decenas sus ex-alumnos y ex-alumnas, y aún colegas, que la recuerdan con cariño y hasta con devoción. Esta labor complementada con sus escritos y conferencias culturales, fué conquistándole un nombre respetado en el magisterio y en las letras, por la amplitud de su visión respecto a los problemas especialmente vinculados a las mujeres y la serena valentía de sus juicios para afrontarlos, todo esto sin perder en ningún instante el cálido acento de una feminidad delicada y noble, lejos por igual de la fácil sensilbería y de la estridencia sectaria, modesta, sencilla, afable. *Mosaico* (1929), *La Grúa*, libro de cuentos aparecido en 1931, *Tizas de colores*, sobre asuntos de la escuela, de 1932, jalonaron etapas de consagración en varios sectores, que leían sus libros y seguían su labor periodística en *El Hogar*, *La Nación*, *El Suplemento*, etc., aparte su contribución a la tarea cultural de bibliotecas y centros populares. Después de un viaje a España y Francia en 1933 y de una breve excursión a Chile en 1935 la editorial *Ercilla*, del país vecino, publicó (1936) *Cartas a las mujeres argentinas*, ágil, orientador y pleno de sugerencias. En 1938 realizó un nuevo viaje a Europa, publi-

cando en 1939 su ensayo *Nuestro hombre*, primer estudio orgánico sobre el poema Martín Fierro de escritora argentina. Por invitación de la *New School for Social Research*, de Nueva York, viajó en 1943 a Estados Unidos, visitando también Méjico, donde ocupó la tribuna para referirse a temas literarios de nuestro país. En 1946 apareció un nuevo libro de cuentos, *Me llamo Niebla* en cuyas páginas se une, a la hondura del análisis psicológico, la maestría de la autora para dar a sus trabajos un contenido humano, de superación moral y espiritual. *A Buenos Aires le falta una calle*, de reciente aparición, poco antes de la muerte de la autora, traduce en sus relatos de fuente histórica el amor entrañable de esta escritora por los temas y cosas de la tierra, guiada por un afán de perfeccionamiento y de sana emulación, el mismo que inspirara no pocos ensayos suyos sobre la novela *Don Segundo Sombra*—sobre la cual deja material inédito,—y conferencias y audiciones radiales de reconocida jerarquía intelectual. En 1931 estrenó en la Capital una comedia dramática, *Milouch* y poco después, en colaboración, otra titulada *Cuando planté rosales...* Tiene escritas varias obras destinadas al teatro.

Si algo caracteriza, en el conjunto de su labor, a esta escritora es un vivo sentimiento de justicia, una comunicativa y limpia emoción, un deseo de orientar y educar, un amor a la libertad y el empeño de contribuir al enaltecimiento de la personalidad humana. Puede, en este sentido, afirmarse que la maestra y escritora trabajan, de consuno, sin tregua ni altibajos, con ejemplar conducta docente, apostólica sencillez y pluma siempre movida por altos ideales generosos.

Ha sido en varios períodos miembro de la comisión directiva de la Sociedad Argentina de Escritores.

Falleció el 9 de enero de 1954 y, por su voluntad, sus restos fueron cremados sin ceremonias, en la mayor intimidad.

Además de las citadas obras teatrales entre sus originales figuran un libro de relatos otro sobre “Sentido social de Don Segundo Sombra” una novela: *La conquista del hombre*, y otros trabajos que serán publicados, así como se procederá a la reedición de sus obras, en su casi totalidad agotadas.



## La cita

(Es un cuento inédito de Guadalupe Dueñas)

(En Rep. Amer.)

Junto al callejón del Agua que tuerce su angostura de grises empedrados, ella lo había visto permanecer horas enteras de pie constante y silenciosa aferrada a su esperanza.

Acabó por acostumbrarse a su presencia y serle familiar como el poste, el fresco y el pueblerino kiosko en donde había de todo como en una caja de sorpresas.

Aparecía siempre repentinamente, para desvanecerse luego en forma inexplicable sin que la adolescente hubiera logrado nunca verlo llegar ni alejarse.

Que aquel extraño esperara por ella le había producido sorpresa y también un terror inconfesable. Lo consideró un intruso en el campo de sus sueños. No lo esperaba ni lo deseaba todavía. A los 16 años la realidad lastima.

Aquella tarde a través de los cristales lo miró con rencor culpándolo por romper el curso lento y apasionado de sus pensamientos y haberle regalado la inquietud.

Bajo el alero en sombras de su ventana, hosca lo maldecía, —¿Quién es? —¿Qué quiere? —¿Por qué me turba?

Acosada por su presencia siempre sin falla, deseaba la noche para borrarlo, para olvidar que había cosas hondas y extrañas, hechos enormes y misteriosos con los que nunca quiso enfrentarse. ¡Resultaba tan grato no pensar! ¿Por qué robarle su dicha sencilla?

Había nacido inadaptada. Sin realidades posibles, la lógica era una palabra vaná aniquilada en su cerebro. Por aquella fuga continua resultó una herida violenta el solitario despertar de su adolescencia.

Cuando al fin él se marchaba, ella, febril, huía a la pequeña torre de la casa. Y como si se trasladara a un desierto, cortaba con el mundo hundiéndose en su vida de fantasmas.

Amaba esas paredes húmedas de signos dibujados por el moho, con extraños mapamundis de mares sin historia, y las tejas de amarillos orificios que el sol fingía ríos de azogue al alcance de su mano. Esta era su ciudad y su tumba. La bóveda solemne protegía su universo. Sólo allí el aire le pertenecía, lo sentía tan suyo como a las novelillas sin rostros que se apilaban silenciosas en el pretil de ladrillo.

La anarquía de su hogar le facilitaba aquel escape continuo. Muy de cuando en cuando se dignaba bajar y ambulaba por la casa como duende perdido en un mundo inadmisibles. Mas no supo que era feliz hasta que el extraño tuvo la torpeza de recordarle que ella tenía una existencia como la de los otros.

Cuando aceptó una cita, lo hizo con la esperanza de que después no volviera a buscarla nunca. Escalarían juntos el cerro cercano.

Con el último sol de la tarde él llegó puntualmente. Su encuentro les produjo un azoramiento absoluto; el choque de sorpresas les borró las palabras; más para ella el asombro fué doblemente estrujante. No sabía que él fuera cojo, que guar-

dara una pierna de palo su pantalón impecable, que ocultara una mentira su zapato negro. Y porque él leía sus pensamientos, treparon en silencio jadeantes y trágicos.

Más que una congoja resultaba para él una tortura física de ascender por la empinada cuesta. Ella lo dejaba atrás arrepentida de obligarlo a recorrer aquel tormento. Sudorosos y pálidos ascendían lentamente. Se hallaron de pronto en la vereda que presta descanso. La muchacha siempre adelante, se volvió de pronto para pedirle perdón; pero una boca crispada y unos ojos altivos segaron su ruego.

Aumentó su confusión. Se aborrecía por su crueldad, por la cobardía que le impidió volver atrás a tiempo y refugiarse en su albergue solitario.

Mientras el muchacho se enjugaba la frente, la niña descubrió que él poseía manos verdaderamente bellas y, quizás por eso, entre su caos sentimental, se abrió paso un deseo contradictorio de acercarse al inválido con la palabra y alejarse con el deslumbramiento; así lo hizo con una voz que no era la suya y con frases pedantes robadas a sus libros.

—Esta loma es mi preferida, con sus minas de cuarzo como lívidas flores inmóviles, donde las vetas lloran su riqueza antigua. Todos los caminos son huecos desiertos de plata. Sin embargo este paisaje no me parecerá nunca triste. Vengo con frecuencia, casi todas las tardes. En casa nadie lo sabe. Yo encuentro consuelo entre los riscos.

Calló repentinamente avergonzada, mirando la espectante cara del muchacho y esforzándose continuó:

—Las rocas tienen calor de caricia, besos de sol, amor de montaña. Pasó las piernas desnudas gozando la tibieza de las piedras. Mientras atónito, él, la miraba como a una demente, casi con miedo. Contra la luz desvanecida aquella silueta manchaba el horizonte y los ojos abismales del enamorado buscaron vanamente en la lejanía el mensaje que agonizó en su boca, el coloquio encendido que ahora enmudecía de hielos. Todo era silencio con el crepúsculo y la tarde.

Bajo el vientre de los nubarrones la pareja se oscurecía, mientras que el sol ausente abandonaba su rastro de ocre y fuego.

Empezaron a descender. El lodo fingía veredas blancas y pequeños oasis entre el musgo.

Fuó entonces cuando ella con un gesto tierno le acercó su cuerpo lleno de frío.

Hubiera querido besarlo, decirle que podía amarlo, pero no sabía ni su nombre ni el sonido de su voz. Esquivo y obstinado, él, sólo miraba la lluvia en manantial sobre sus ojos. Aunque pareciera imposible, logró ponerse aún más pálido y sus pupilas amargas devoraron la distancia angustiadas. Resbalaba incesantemente saltando sin tino como un animal perseguido. En el vértigo de su vergüenza, chocaba con troncos y ramas. Y era su rabia impotente una forma de llanto.



Guadalupe Dueñas

\*

Desbocado tras de su sombra, sin poderle dar alcance, se quebraba como un títere bajo la maldición de su destino.

Aterrada, iba ella tras él.

—¡Espera! — ¡Espera! —rogaba—. Me da miedo la noche.

Pero el corazón del muchacho era una piedra más en la avalancha de rencor, de arenas, de hojas y de viento arrastradas cuesta abajo. Su meta huír, huír de la niña esquivada, escapar de su lástima, de su interrogación muda, desaparecer y que no oyera más el grotesco compás de sus pisadas, que ella no escudriñara ya el telón miserable de su pierna ausente. ¡Si se quedara ciego y cayera en el vacío más allá de sus renunciadas, lejos sí de aquella boca, de aquellos muslos estatuarios y perturbadores, remos potentes para su tentación indómita, insultante duplo junto a sus rodillas abominables e impares...!

Desdencia con el viento, como un trieno enloquecido; el ruido de su carrera lo llenaba todo; piedras y guijarros en cascada estruendosa lo seguían como cabras camino abajo. Acosado por la angustia, era un gemido en alas arrastrando su grito.

Bajo la lluvia de relámpagos, entre zanjias y riscos cual bulto fantasmal indefenso y vencido se arrastró sobre el lodo. Tambaleante como un perro atropellado, luego se levantó, escondiendo su miseria entre el verdinegro de los árboles. Así se perdió en la noche robada a la esperanza, mientras que ella, desgarrada de sollozos, alcanzaba su cúpula vacía en donde ya nunca amaría la soledad.

(México, D. F. 1954).

### Dr. E. GARCIA CARRILLO

Especialista en enfermedades  
Cardio-Vasculares (Registro  
del Colegio de Médicos)  
Metabolismo Basal  
Várices  
175 varas al sur de Plaza de  
Artillería



## Mis relaciones con Unamuno

Por Alfonso Reyes

(En Rep. Amer.)

Tengo que agradecer al señor R. S. O. la generosidad con que califica, de paso, mi obra de ensayista, y quisiera corresponderle con algunos esclarecimientos respecto a don Miguel de Unamuno. Ha dicho el señor R. S. O., en sustancia, que, cuando él se entrevistó con Unamuno, éste no manifestó por mí ninguna simpatía en lo personal, ni especial estimación en lo literario (*Excelsior*, 2 de enero de 1954).

Ni por un instante se me ocurre poner en duda la veracidad de este testimonio: lo que deseo es interpretarlo. Unamuno era, por mucho, un viejo gruñón, lleno de altibajos en el temperamento. Aún me parece ver la indignación con que Valle Inclán solía referirse a las diferencias entre Rubén Darío y Unamuno, donde aquél se mostró siempre tan superior y ecuánime, y me parece aún que oigo repetir a Valle-Inclán: —No podían entenderse. Rubén tenía todos los pecados del Hombre, que son veniales; y Unamuno tiene todos los pecados del Ángel, que son mortales.

Pero, en general, ya en Madrid no hacíamos caso de estos pasajeros deslices de don Miguel, y más bien nos ateníamos al saldo de su persona y de su conducta. El mismo se definió diciendo que en su alma había una perpetua guerra civil. Ignoro en qué ocasión habrá conversado con Unamuno el señor R. S. O. Es posible que, entonces, y por cualquier circunstancia del momento, Unamuno haya encontrado mi imagen un poco empañada en su memoria. Ello no tiene importancia ni trasciende al tono dominante de nuestras buenas y muy cordiales relaciones. La desgracia es, a veces, mala consejera, y don Miguel sufrió mucho durante sus últimos años, como todos sabemos. De aquí que sus antiguos amigos, comprendiendo la desazón de su ánimo ante las vicisitudes de su país, hayan tenido un manto piadoso sobre sus veleidades finales. El grande hombre, arrebatado a uno y a otro lado por la angustia y por el anhelo de detener el alud con sus propias manos, se quedó solo, sin correligionarios y sin España. Paz a sus restos.

**En lo literario.** No nos detengamos mucho en este punto. Cada uno tiene su alma en su almarío. Es verdad que don Miguel no era muy pródigo en elogios, y menos se entregaba a las libertades de la conversación, a la que nunca debiera exigirse una responsabilidad estricta. Pero, sobre todo, en este orden subjetivo de la apreciación literaria, repito, cada uno tiene su alma en su almarío. Lo obvio es que Unamuno nunca hubiera conservado mi amistad tan afectuosamente como lo hizo, sin un mínimo suficiente de estimación intelectual y moral, pues no era hombre para la mentira mundana. Varias veces he escrito sobre él (por ejemplo, a propósito de su *Fedra*), y siempre recibí mis juicios con aprobación y complacencia.

Cuando, desde México, le envié mi primer libro (*Cuestiones estéticas*, 1911),



Miguel de Unamuno  
(Visto por Juan Echeverría)

\*

agobiado sin duda por los muchos libros de principiantes que llegaban hasta su mesa, ni lo leyó ni me contestó. Cuando, ya en Madrid y en 1917, le envié a Salamanca mi libro *El suicida*, me dirigió una carta sumamente expresiva, que dista mucho de ser una mera cortesía y que fue el origen de nuestra amistad. Esta y varias otras cartas que me escribió aparecerán pronto en la colección que prepara el Dr. M. García Blanco, catedrático en la Universidad de Salamanca.

**En lo personal.** Si el Dr. García Blanco se dirigió a mí, entre otros, al formar esta colección epistolar de Unamuno, es precisamente porque conocía la tradición de nuestra amistad. Visité a Unamuno en Salamanca, acompañado de don Artemio de Valle-Arizpe. Nos retratamos juntos y pasamos juntos el día. Nos llevó a pasear por las afueras. Me contó una anécdota familiar que repito en uno de mis libros. Después, siempre me encontraba con él en uno u otro sitio, cada vez que aparecía por Madrid. Concurrió varias veces a mis reuniones dominicales. Me obsequió algunas de sus pajaritas de papel y de sus dibujos. (Ya lo digo en *Grata compañía*). Entre ellos, el retrato de Amado Nervo —de quien a su vez fue buen amigo—, sin duda el primer Nervo sin barba que se registra en la iconografía de nuestro poeta. Me proponía monogramas con las iniciales de mi nombre —así consta en una de sus tarjetas postales— y me comunicaba opiniones sobre la grafía y pronunciación originales del nombre patronímico de Sor Juana. Estuve constantemente a su lado en París, cuando yo era allá Ministro de México y él andaba desterrado y prófugo. Ya he dicho cómo me recitaba entonces sus sonetos contra el general Primo de Rivera, sin prestar atención a los ve-

hículos en los bocacalles, y cómo echaba, a manera de telón, el recuerdo de su sierra de Gredos sobre cualquiera perspectiva parisiense que yo proponía a su admiración. Los agentes de la policía española encargados de vigilarlo se hicieron sus amigos y, a invitación suya, concurrían a los cafés de Montparnasse para disfrutar de su charla.

Un día fuimos juntos a la casa de Jean Cassou. Yo me retiré temprano, para pasear por la orilla del Sena, aprovechando la tibia noche, en compañía del poeta Rilke. Entonces Guillermo Jiménez, quien lo ha escrito por ahí, recogió de labios de Unamuno el mayor encomio y el más conmovedor que yo puedo haber recibido y deseado: "La inteligencia de Reyes —dijo Unamuno— es una función de su bondad". Perdóneseme el entrar en estas "personalidades positivas" (que no sólo son "negativas", como pretende el diccionario), pero ahora o nunca era la sazón de referirlo. Las palabras del maestro no me envanecen, ni por desgracia tengo derecho a considerarlas justas; pero ellas expresan nítidamente su juicio sobre mi persona, y sobre todo la benévola refracción que el afecto producía en ese juicio. Si esto no es simpatía...

Pero hay, además, algo que hasta ahora no quise publicar, y que tampoco esta vez voy a descubrir completamente. Unamuno fue una vez arrastrado hasta la presencia de Alfonso XIII por el sutil Conde de Romanones. La opinión literaria de Madrid en aquellos tiempos —siempre bravía—, consideró esto como una claudicación de Unamuno. El quiso dar una conferencia en aquella admirable y libérrima casa que era el Ateneo de Madrid, y el público de jóvenes escritores, entre gritos, pateos y silbidos, no lo dejó hablar. Así las gastaban entonces.

Pues bien, Unamuno se presentó al día siguiente en mi Legación de Madrid (calle del Marqués de Villamagna) y, de una manera confidencial, me reveló el objeto de su encuentro con el monarca, que no era en manera alguna deshonoroso para ninguno de los dos. Recuérdese que yo había sido durante cinco años periodista y escritor en Madrid, y luego, por otros cinco años prácticamente, fui Encargado de Negocios de México. Unamuno, tras lo acontecido —aunque muy hecho a la pelea y aunque, como él decía, frecuentemente le había tocado "torear a media plaza"— necesitaba explicarse y desahogarse con alguien, y escogió al único de la camada literario que, si bien muy cercano, podía, por no ser español, considerar los hechos con más moderación que los otros. Pero ¿hubiera dado este paso si no se sintiera mi amigo, si no me supiera su amigo, si no me estimara en el orden intelectual y en el orden moral? Si esto no es simpatía... No: nadie me quite la amistad de Unamuno.

México, D. F., *Los Cien Amigos*.  
Febrero de 1954.



## Responso lírico a la bienaventurada

MEMORIA DEL POETA AZARIAS H. PALLAIS

(En Rep. Amer.)

A sus sobrinos Raoul y Moncho

Hasta mi retiro, en el campo, llegó la triste nueva de su enfermedad.

Señor, que no se apague su luz... que no se apague...  
Que tu palabra sea para él como el unguento de divinas prosapias que mata el sufrimiento...  
Señor, que no se apague su luz..., que no se apague...

Tú sabes de su altura como hombre y como siervo...  
y has visto en tus jardines sus cultivos de rosas;  
le has sabido número de tus piedras preciosas...  
Tú sabes de su altura como hombre y como siervo

Señor, que no se vaya... Señor, que no se vaya...  
Consérvanos el néctar de sus orfebrerías...  
Que nos siga ofreciendo sus misas de armonías...  
Señor, que no se vaya... Señor, que no se vaya...

Pues derrama a su paso tu Fe y en tu alabanza  
le arrebatas a la vida sus estrellas mejores  
permítidle que siga su fiesta de colores  
pues derrama a su paso tu Fe y en tu alabanza..

La noticia de su muerte ilegó hasta mi Aventino.

Por fin. Lo sucedido. La noche abrió su muro.  
Ya rompió la paloma su jaula de cristales  
y el silencio se llena de voces inmortales.  
Por fin. Lo sucedido. La noche abrió su muro.

Ah, éste Padre Azarías con sus filosofías...  
A su sotana yerta mis recuerdos de niño  
hilvanan las espinas de luz de mi camino...  
Ah, éste Padre Azarías con sus filosofías...

El corazón me salta, venado sorprendido  
y un viento de amargura mis sienas apuñala.  
Porque vino la Muerte rabiosa con su tala  
el corazón me salta, venado sorprendido...

Cuando el trino desflora la miel de su palabra  
qué inverosímilmente su gárrula figura  
las estampas del tiempo depura y transfigura  
cuando el trino desflora la miel de su palabra...

No era un santo: era un hombre. No era un hombre:  
era un santo...

Oían a casullas sus versos y sus prosas  
porque cortaba estrellas y se quemaba en rosas  
no era un santo. Era un hombre. No era un hombre.  
Era un santo...

Cuanto mar le inundaba las inquietas pupilas.  
Cuanto amor le angustiaba las entrañas abiertas.  
Cuanta fe le manaba de las manos despiertas.  
Cuanto mar le inundaba las inquietas pupilas.

Por la montaña insomne, inaccesible y vasta  
su caballo de fuego relincha en voces de oro  
tascando un horizonte de pájaros en coro  
por la montaña insomne, inaccesible y vasta.

Padre Azarías... Padre del limo luminoso...  
Señor de las mayúsculas floridas y devotas  
que llevas en el ala la luz de las gaviotas  
Padre Azarías... Padre del limo luminoso...

Por tus virtudes poéticas la verdad absoluta  
multiplica en sus savias la experiencia interior  
que en ti fuera perfume, verso, símbolo y flor  
por tus virtudes poéticas de verdad absoluta.

Descansa ya. La tierra te sea de amapolas...  
Que mañanas lavadas te den leche y aromas...  
Se quiebren, en tu gloria, las clásicas redomas...

• Descansa ya. La tierra te sea de amapolas...

**Agenor Argüello.**

Hacienda "Santiago", Nicaragua, 10 Setbre. de 1954.



Presbo. Azarías H. Pallais

\*

## El último poema de San Francisco

(En Rep. Amer.)

Goteados adjetivos en una increíble esmeralda singular,  
nombres de estrellas, de sol y de luna,  
de niños, de cielos, de tierra, de mar

Y verbos, como deshojadas rosas  
de una feliz mañana primitiva,  
verbos lavados sin las mentirosas  
literaturas de la muerte viva.

Adjetivos, nombres, verbos, así  
en inocentes palabras sencillas,  
como cuando eran repetidos sí,  
los hermanitos de las Florecillas.

Azul, azul, azul geografía,  
por aquí sí que no pasó Voltaire,  
nuevos ojos para este nuevo día  
de tan claro y tan dulce amanecer.

Pues son casi dos vidas paralelas,  
la de Francisco de Asís en Umbría,  
y con las más rigurosas cautelas,  
aquella otra del Hijo de María.

Aquella otra del Hijo de María  
por los siglos de los siglos amén.  
Justicia, Paz, Libertad, Alegría  
por los siglos de los siglos amén.

Ahora sí quedó la casa ilena,  
saturado buen olor del unguento,  
macerados en lirio y zucena,  
rosas, y nardos, cincuenta por ciento.

Así se llamaba la niña, Ciara,  
y así se llamaba su claridad,  
reflejándose implacable a cara  
en los espejos de la castidad.



Con niñas novedades de oro viejo  
era Francisco la azuca criatura,  
y todas las cosas como un espejo  
de primitiva claridad obscura.

Un travieso y feliz renacimiento,  
y pájaros y azules transparencias,  
y ardillas en el agua y en el viento,  
y nuevos tiempos y nuevas urgencias.

Abrazo de Cristo Crucificado,  
como en la iglesita de San Damián,  
y los hombres viejos, por el pecado  
como rejuvenecidos están.

Es de pasos hallados, el camino,  
y un concurso de banderas el mundo,  
están locos los hombres por el vino,  
del muy humilde Francisco, segundo.

Ya sin pecado, todos son hermanos,  
nuestra hermana la muerte corporal,  
cómo levanta sus góticas manos,  
limpias siete veces de todo mal.

Era muerto vivo que se destierra,  
Realidad que parecía sueño,  
con su traje café color de tierra  
Francisco mínimo, menor, pequeño.

Tenía, todo, no teniendo nada,  
sacó de su obediencia libertad,  
y de su asombrosa noche cerrada  
salió a cantar maitines la Verdad.

A. H. Pallais, Pbro.

León de Nicaragua.  
Octubre de 1949.



Esta es la columna miliaria del Rep. Amer. En ella inscribimos los nombres de los suscritores que por años de años, hasta el final de sus días, le dieron su apoyo. ¡Ricos de espíritu fueron!

pudo haber dicho lo mismo de sus propios compatriotas. El francés, de tan admirable inteligencia dentro de su ambiente, es, según la definición proverbial, un señor que no sabe geografía. Ha sido necesario un largo siglo para que los biznietos de Tocqueville empezaran a enterarse de lo que significa el Nuevo Mundo.

Antes, esa recíproca ignorancia, esa sobra de voz y falta de oído, importaba poco. "Pero ahora—dice Redfield nos hemos visto lanzados, de golpe, en una Gran sala donde todas las gentes se reúnen y hablan o procuran hablar..." "El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas suele parecerse al teatro donde se desarrolla un programa político de televisión, de amplitud mundial..." "El clamor es tremendo..."

Sí, el clamor es enorme. Mas, en esta guerra verbal todos hablan pero no se escuchan, y como no se escuchan, no se entienden. La Gran Sala es, en realidad, el mundo. Y el inmenso recinto se estremece con el ruido de las voces discordantes.

Robert Redfield aconseja a los que hablan en nombre de su patria que procuren saber cómo suenan sus palabras, no en sus propios oídos, sino en los oídos de aquellos a quienes van dirigidas. "¿Cómo sonaba nuestra conversación en los oídos del Medio Oriente?", pregunta Mr. Redfield. "¿Qué se dicen entre sí los europeos acerca de nosotros...?"

Para tratar con éxito a los pueblos extranjeros—prosigue el ilustre antropólogo norteamericano—hacen falta tres cosas. La primera es, por supuesto, un profundo conocimiento de su carácter nacional. Pero esto no basta, porque, en esta época más que en ninguna otra, los pueblos modernos, a diferencia de los primitivos, están cambiando de continuo.

El segundo requisito será, pues, comprender su "modo", su humor actual, su presente estado de ánimo. "Uno de los lazos que unen a los pueblos—dice Redfield—consiste no en una cultura común sino en un estado de ánimo semejante". Los hindúes, por ejemplo, se sienten hoy hermanos de las gentes del Medio Oriente porque tienen una actitud similar, una posición análoga respecto a Rusia, los Esta-

## QUÉ HORA ES ... ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

LA CIVILIZACION DEL DIALOGO

# El Arte de Escuchar

Por Luis de Zulueta

(En El Tiempo de Bogotá, 2-II-54)

En todo el mundo culto se pone mucho empeño en que los escolares aprendan a hablar, y a hablar bien, con claridad, corrección y elegancia. El arte de hablar goza de gran prestigio. Pero poco se hace en favor de una disciplina mucho más difícil y valiosa: el arte de escuchar.

La palabra es la característica del ser humano entre todos los seres vivientes. Mas si el hombre es el animal que sabe hablar, el hombre superior es el animal que sabe oír. Oír a los demás, acoger con simpatía sus razones, abrir el alma al pensamiento ajeno. Un buen oidor es más raro que un elocuente orador.

Hace ya muchos años, desde la tribuna de la prensa extranjera, oí en la cámara francesa el discurso que su presidente—lo era entonces el austero Mr. Brisson—pronunció en elogio de un diputado fallecido. "Ardiente defensor de sus propias ideas,—decía del difunto el presidente,—era, a la vez, más que tolerante, más que respetuoso, casi hospitalario para las ideas ajenas". La frase ha quedado en mi memoria, sin duda porque la segunda parte del encomio me impresionó más que la primera. Abundan los defensores ardientes de sus propias ideas, pero escasean, en cambio, los espíritus comprensivos que alcanzan a ejercitar con las ideas de los demás la generosa virtud de la hospitalidad.

Cuando se habla de la libertad de palabra se piensa sólo en la libertad de emitirla, no en la de escucharla. La famosa declaración de los derechos del Hombre y del ciudadano, votada en la Francia de 1789, dice a este respecto textualmente: "La libre comunicación de los pensamientos y de las opiniones es uno de los derechos más preciosos del hombre: todo ciudadano puede, pues, hablar, escribir o imprimir libremente, pero debe responder del abuso de esa libertad en los casos de-

terminados por la ley".

Está bien. "Hablar, escribir, imprimir libremente..." Pero no dice: oír o leer libremente. Y, sin embargo, esta facultad, este derecho, se ven hoy especialmente negados. En la esfera internacional, los telones de hierro se establecen no sólo para que los pueblos no hablen hacia el exterior como para que no escuchen lo que fuera se habla. Si hoy el pueblo ruso pudiera oír, simplemente oír, todo lo que se dice en Europa y en América, si pudiese traducir y leer, libremente los libros y periódicos del universo, cómo cambiaría la situación del mundo...

Me sugiere estas divagaciones un artículo que he leído en *La Torre—La Torre*, nueva revista de la Universidad de Puerto Rico, es una de las mejores de lengua castellana—cuyo autor, el antropólogo y etnólogo norteamericano Robert Redfield, trata precisamente de llevar este arte del buen oyente a la política internacional de su país.

"Escuchar a los pueblos del mundo" se titula este ensayo. En realidad, lo que su autor dice de los ciudadanos de los Estados Unidos se podría aplicar, de una manera general, a los ciudadanos de las otras naciones.

Tenemos fama de gente locuaz, opina en sustancia Redfield; hacemos la propaganda de nuestro modo de vida, pero nuestra capacidad de expresión no está suficientemente equilibrada por nuestra aptitud para escuchar lo que los demás piensan de nosotros.

Mr. Redfield cita a Tocqueville, quien hace ya más de un siglo se asombraba de la comprensión que los norteamericanos demostraban al tratar sus asuntos nacionales y la ignorancia que revelaban acerca de los otros países. Pero nosotros añadiríamos que el célebre escritor francés



dos Unidos, el imperialismo o la independencia.

El tercer punto que no hay que olvidar es, sencillamente, la naturaleza humana. Por mucho que varíen el carácter o el humor en los distintos países, todos podemos entendernos y convivir, porque existen ideas y sentimientos que comparten todos los seres humanos.

En esto hay que basarse y no en lo que nos diferencia y separa. "Leí que un nativo de Nigeria —escribe Redfield— había dicho recientemente al senador Wiley que toda la propaganda concerniente al alto nivel de vida norteamericano hacía que los nigerios temieran y desdeñaran a los Estados Unidos; y que un oficial del Pakistán en la frontera noroeste, coincidía en la misma afirmación, añadiendo que lo que deberíamos enviar a esa frontera era nuestra poesía. Eso es lo que allí admiraría la gente."

Curiosas son estas observaciones. Resulta, pues, que la voz eterna del poeta puede tener, aún en nuestro siglo XX, mayor eficacia que la sugerencia política del diplomático o la ayuda técnica del ingeniero.

"Si queremos hacer algo en los países extranjeros, el escuchar es lo que cuenta", afirma en resumen Robert Redfield. El modelo no debe ser el vendedor que pregona su mercancía sino el médico discreto que sabe oír al paciente, o, mejor aún, el amigo que escucha con simpatía al amigo.

El amigo... He aquí el secreto. Ni las naciones, ni los individuos se entenderán entre sí mientras no se traten como amigos estableciendo sus relaciones sobre una base afectiva y cordial. Lo triste es que hoy los pueblos no se quieren; se temen, se envidian, se odian. No se estiman; ven sus respectivos defectos y no sus comunes valores humanos.

"Al amigo, con su vicio", dice un viejo refrán castellano. Nos advierte que hay que aceptar al amigo con sus faltas y sus flaquezas manteniendo, por encima de ellas, nuestra leal amistad. El proverbio vale para los individuos y vale para los pueblos. Necesario es que éstos aprendan a hablarse como amigos y como amigos a escucharse. Sólo así podría erigirse la comunidad de los espíritus libres en la que Redfield llama "la civilización del diálogo".

## ¿Morirá el castellano en Filipinas?

(Envío de Samuel Arguedas, en México, D. F.)

Aquéllos que rinden un culto idolátrico a la cultura sajona, los que no conocen el rico veneno de la literatura hispánica, los que dan las espaldas a nuestro pasado, por malicia, por candidez o por conveniencia, los que ignoran la etimología o procedencia de muchas palabras que hoy se usan en el tagalo, idioma nacional, y otros idiomas vernáculos como el bisayo, ilocano, etc., los que, en fin, siempre se han distinguido por su espíritu pusilánime y derrotista, queriendo pasar plaza de profetas, van diciendo a los cuatro vientos, hace ya bastante tiempo, que el idioma español está llamado a desaparecer en breve plazo, de Filipinas. Todos esos se equivocan.

No negamos, sin embargo, el hecho, triste y doloroso por cierto, de que por falta de estímulo y ambiente propicio, el castellano literario no tiene hoy en Filipinas muchos cultivadores; y eso que al arriarse de aquellas tierras magallánicas la bandera gualda y roja, por una de esas paradojas que ocurren en la vida de los pueblos, surgieron, como por ensalmo, un grupo, una pléyade de escritores filipinos, entre poetas y prosistas que, por la calidad de sus escritos, bien pueden parangonarse con los mejores de España y de Hispanoamérica. Poetas de la talla de los Guerreros, Palma, Apóstol y otros "dii minores"; y prosistas del calibre de los Santos Cristóbal, Rávago, Adriático, etc. Se puede decir, pues, que mientras moría en Filipinas la España política, hacía allí, esplendorosa y pletórica de virilidad, una nueva España literaria.

Una resurrección gloriosa de la literatura hispánica en Filipinas es cosa muy factible si los españoles y los hispanoamericanos, por espíritu de cuerpo como dirían los militares, o por espíritu de solidaridad espiritual y cultural, arrimaran el hombro a la gran obra, es decir, a la obra de evitar que Filipinas, por la pérdida del cas-

tellano, quedara fuera de la órbita hispánica.

Y al hablar de la pérdida del castellano no me contradigo; porque cuando hablo de esa pérdida me refiero al lenguaje literario o al castellano como unidad lingüística hablada en su totalidad. Porque en otro sentido, puede afirmarse, sin temor de que se nos pruebe lo contrario que el español no puede morir en Filipinas, por la sencilla razón de que se ha infiltrado, por así decirlo, en el tagalo y en otros idiomas vernáculos del país.

En efecto, se han catalogado unas doce mil palabras españolas en las principales lenguas que se hablan actualmente en Filipinas. Ciñéndonos al tagalo, idioma nacional, ejemplifiquemos brevemente esa infiltración del español.

Para que los ejemplos resulten más gráficos, para que impresionen mejor, diremos que se trata de una especie de invasión de vocablos españoles. Algunos, muchos, al penetrar en el campo enemigo (el idioma tagalo), llegaron incólumes, sin la menor herida o rasguño; mientras que otros sufrieron heridas más o menos graves; algunos, de gravedad, y otros pocos tuvieron una muerte aparente, epiléptica. Estos últimos son los que al pasar del español al tagalo cambiaron de significación, como, por ejemplo, "seguro" quiere decir en tagalo "quizás", "tal vez"; "ocioso" significa "curioso"; "cuidado" quiere decir muchas cosas, entre otras, "yo me encar-

go de ello", "lo dejo a su arbitrio"; "pali-que" es "chicoleo", etc. Los nombres de oficios y profesiones se han conservado íntegros casi todos, verbigracia: cantor, pintor, carpintero, aguador, abogado, médico, arquitecto, zapatero, etc. En algunos casos con ligerísima modificación, casi siempre de índole fonética, como de cocinero salió "kusinero". Todos los voquibles que se refieren al comedor salieron ilesos del combate lingüístico; ejemplo: comedor, cuchara, tenedor, silla, cuchillo, mantel, vaso, bandeja, servilleta, taza, mesa etc. Los tagalos usan la palabra mesa como si estuviere escrita así: "lamesa" es decir, siempre pegada al artículo.

Son vocablos con herida leve: carné: carne; tintá: tinta; bancó: banco; libró: libro, es decir, cambio de acentuación.

Vocablos con herida algo grave son: altá: altar; salas: sala; boses: voz, etc.

Tenemos vocablos con herida grave: kursonada: corazonada; kusilbá: conserva; silahis: celajes; (la *h* se aspira siempre en tagalo); asikaso: hacer caso, etc.

Como se ve, el tagalo está plagado de palabras castellanas; y todas las demás lenguas vernáculos de Filipinas lo están tanto si no más que el tagalo. El bisayo, para decir "abre tú la puerta", dice: "abrihan mo ang puertá".

De algún tiempo a esta parte, algunos *puristas* tagalos quisieron *tagalizar* muchas palabras castellanas del tagalo; y así llaman a la universidad, "pamantasan"; a la Gramática, "baralira", etc. No creo que el movimiento prospere, como no ha prosperado en Alemania ni en otros países donde se intentó hacer lo mismo, por un mal entendido espíritu ultranacionalista.

Tan incrustado quedó el español en el tagalo, que mucha gente del pueblo, en Filipinas, cree que son tagalas un sinnúmero de palabras que oye. Lo que sigue, es auténticamente histórico y nos confirma, con su toque humorístico, lo que decimos: Unos españoles, turistas por Manila, montaron en una calesa del servicio público. Al hablar con el cochero usaron expresiones como "bajada", "subida", "de mano", "de silla", "vuelta", "para", etc., palabras que con frecuencia oímos al hablarse en tagalo. Al otro día de tal sucedido, el bueno de cochero, muy amigo mío, me dijo en tagalo, después de relatarme lo de la víspera y con cierto aire de sorpresa: ¿Sabe usted, señor, que ahora comprendo que esos turistas de ayer saben tagalo? Nada de eso, le contesté. Esos turistas españoles no saben tagalo, eres tú el que sabe español porque me dices de aquellas palabras que supones tagalas y que son, ellas, españolísimas de todos cuatro costados.

Con más maestros de español, con más libros en español, más becas para estudiantes filipinos que quieran especializarse en español y otros medios prácticos de propagar el castellano en Filipinas, como el cine y la televisión, Filipinas sería, en breve tiempo, una fortaleza inexpugnable del idioma castellano, y una emisora eficaz y formidable para diseminar las bellezas de la más hermosa de las lenguas del mundo hacia la región más poblada de la tierra.

**Emeterio Barceló y Barceló-Soriano**

De la Academia Filipina de la Lengua. Méjico, noviembre de 1954.

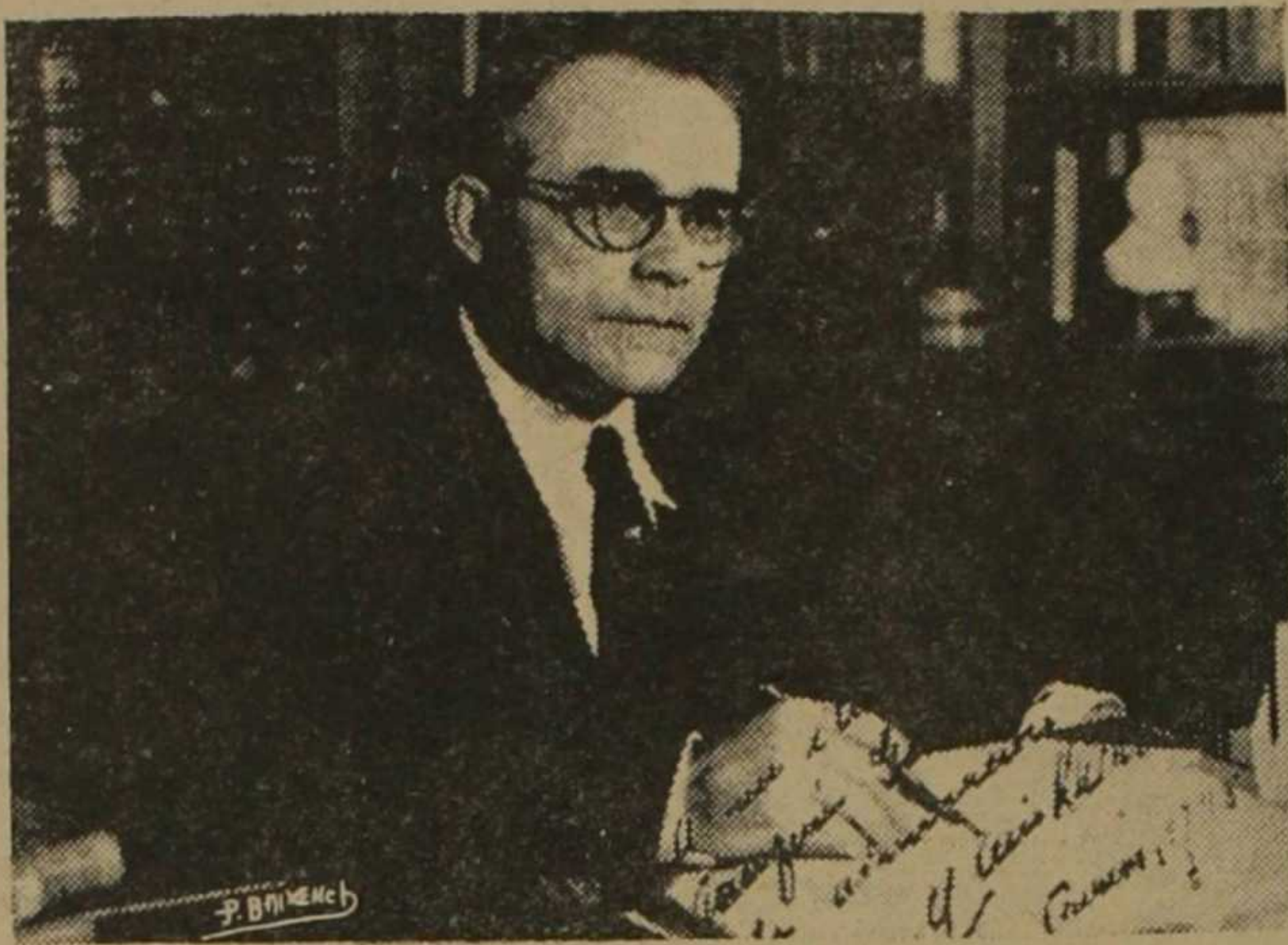
**STECHERT-HAFNER, Inc.**

Books and Periodicals  
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.  
Con esta Agencia puede Ud.

**Repertorio Americano**

conseguir una suscripción al





Mario Briceño Irragorry

(1948)

\*

## Sangre en el rostro

Por Mario Briceño-Irragorry

(En Rep. Amer.)

De fino humorista me ha calificado el viejo sabueso, con experiencia en Europa y América sobre problemas de espionaje y contraespionaje, que me visita frecuentemente para comentar algún nuevo dato encaminado a fijar la responsabilidad del atentado que contra mi vida se llevó a cabo, a la puerta de la Iglesia madrileña de La Concepción Jerónima, el pasado día 8 del mes que cursa.

Pese la inmovilidad a que aún me tienen reducido los facultativos, ya empiezo de nuevo mi oficio constante de lector. Así mis leales amigos me hayan obsequiado con libros de temas ligeros para el rápido entretenimiento,—pesca submarina, historia del ballet, aventuras de gitanos,—he preferido los textos graves de Filosofía del Derecho a que en los últimos tiempos he dedicado mi mayor devoción. Si mi amigo el investigador tuviese menos apego a la realidad pugnaz de la vida, no me habría tomado por hombre de buen humor sino por un imperturbable optimista.

Un sujeto vengativo tal vez estuviera a estas horas estudiando la sistemática penal de España o el radio de acción extraterritorial de la voluntad criminal. Yo soy, en cambio, hombre de fe en los principios eternos e inmutables de la justicia y caldeo mi conciencia, no con llamas de odio, sino con el rescoldo amoroso de la verdad.

Desde que me ví forzado hace dos años a abandonar el suelo de mi Patria, por el delito de haber sido electo por el pueblo para llevar su voz altiva en la frustrada Asamblea que pudo marcarle nuevos rumbos institucionales, un solo norte ha tenido mi vida de escritor. En opúsculos, en las columnas de la prensa, en numerosas cartas, en plática ocasional con los amigos, tanto he procurado revelar al público el horror de la dictadura que azota a Venezuela como levantar el ánimo de la resistencia patriótica contra la tiranía. Mi pa-

labra, sea así ella pobre, ha tenido eco en el mundo doliente de mi Patria. La verdad y la moderación que la acompañan, ha tenido, en cambio, por respuesta la calumnia y la injuria de las plumas al servicio del oficialismo. Para anular mis razonamientos contundentes no han sido eficaces ni el denuesto ni los insultos de amigos traidores, que hoy pagan con infamia mi generosidad de ayer. Lo que yo he dicho, las verdades que he expuesto, los juicios que he emitido, quedarán, sin embargo, como sentencias cargadas de verdad para la Historia. Jamás en mi literatura contra el régimen he publicado una mentira ni un denuesto. A la altura de mis años y de la consideración con que me mira mi pueblo, he sabido mantener en mis escritos un nivel de decoro y de justeza que les da mayor fuerza condenatoria. Rendida en su diálogo con la inteligencia, la fuerza funesta no encontró camino más hacedero que el camino del crimen. Para callarme, se consideró necesario quitarme la vida o anularme la facultad de pensar. No sé quien haya sido el instrumento humano utilizado para aniquilarme. Un hombre fuerte y armado de una manera de bate atlético, se abalanzó sobre mí, cuando, con los lentos pasos que me permite mi ya vieja lesión cardiovascular, caminaba hacia la misa mañanera del Monasterio de las Jerónimas. Lo temprano de la hora era prenda de pobreza de transeúntes. El bárbaro agresor comenzó por lanzarme sobre el lóbulo frontal el primer golpe. Después, ya no me fué fácil defenderme. Si no hubiera llevado un sombrero de fieltro doble y alta copa, los otros cuatro golpes dirigidos sobre mi cabeza me habrían dejado sin vida. El agresor fué detenido en su empeño de matarme y yo vine a darme plena cuenta de mí mismo cuando, recostado a la puerta del templo, dos piadosas mujeres secaban asombradas la sangre que teñía mi rostro.

Mientras convalezco de la bárbara jornada que sobre mí desató la impotencia intelectual de quienes oprimen a mi Patria, yo sigo con fe incommovible mis estudios de Derecho. Rommen, Maritain, del Vecchio, Radbruch, Carnelutti me han vuelto a acompañar con sus palabras esperanzadas. Pareciera humorismo, más en mí es testimonio de una fe pánica en el futuro de la humanidad. "Los hombres, dice a mi oído el Maestro Carnelutti, semejan estrellas que al fallarles su camino, han desordenado el firmamento. Para reconducirlos, poco a poco, sobre el justo camino, la bondad de Dios permitió que inventaran el Derecho."

Duro y paradójico es pensar en la eficacia del Derecho cuando se sufre en carne viva el desgarrar de la barbarie que lo niega. Pero, pienso yo, esto que hoy padezco es justamente una prueba indirecta y elocuentísima de lo que representa la razón frente a la soberbia irracional. La gloria falsa de un régimen que afinca su eficacia política en la mera inauguración de suntuosas obras de hierro y de cemento, se sabe, muy a su pesar, inválida y sin ámbito ante el denuncia que los hombres libres hacen diariamente de los crímenes cometidos contra el decoro, contra la libertad, contra el derecho de los ciudadanos. Las voces que no pueden ser compradas ni silenciadas en las cárceles, se las busca de segar a raíz. Eso quiso hacer la barbarie con mi palabra. Eso pretendió realizar con mi pluma la policía de agresión en que asienta su fuerza el régimen espúreo que ultraja a mi país. Erraron, sin embargo, el golpe, y al errarlo dieron fuerza mayor a mi discurso. Cuando sentí el rostro bañado de sangre, recordé las palabras de Federico Nietzsche. "Escribe con sangre y sabrás que la sangre es espíritu", dijo el filósofo terrible de Basilea. Con sangre, en realidad, se han escrito todas las grandes causas de la humanidad. El único apóstol que no rubricó con su propia sangre la letra de su Evangelio, fué San Juan. La leyenda piadosa dice, en cambio, que un águila bajábale del cielo la tinta milagrosa. Aún a un hombre pacífico y medio santo como Abraham Lincoln le deparó el destino la gracia de refrendar con sangre sus grandes ideales humanitarios. La ardorosa literatura de José Martí adquirió temple básiatico cuando sus ideas recibieron el riego fecundo de su sangre inmortal. En la modestia de mi mundo de escritor preocupado por los problemas de la Patria, la Providencia me ha concedido el don preclaro de haber podido exhibir a la puerta del templo, a donde diariamente asisto, el rostro ensangrentado por la mano criminal de quien me cobra, como cuenta pendiente con la causa de los opresores, mi integral dedicación a la suerte del pueblo de Venezuela.

Sobre la frente ostentaré para el futuro una cicatriz honrosa, más brillante que las cruces y las bandas con que suelen adornarse los verdugos de los pueblos. Ella, también, me hará recordar con más viveza la necesidad de luchar porque en mi pueblo y en América se mida la calidad de los gobiernos por el respeto y las garantías que ofrezcan al derecho de los hombres y no por las vanas y vistosas obras



de cemento y de ladrillo con que fingen celo de progreso y al amparo de cuyos cálculos alegres pasan a la cuenta personal de los favorecidos los dineros del pueblo. No se mide el progreso de las naciones por la amplitud y comodidad de los cuarteles sino por el vacío y el abandono de sus cárceles. No se deduce la holgura de los pueblos por la fiesta y el derroche de los cortesanos sino por la paz y abundancia que gocen los hombres humildes. No se estima la riqueza colectiva por el volumen de lo que se compra para comer y para vestir sino por el exceso de lo que se vende a mercados extranjeros. No se juzga el

celo por la vida humana en razón del plasma acumulado en los bancos de sangre sino por el respeto a la integridad de la sangre que anima la vida útil de los ciudadanos.

La sangre que empurpuró mi rostro a la puerta de un templo de Madrid es testimonio a larga distancia de la dolorosa barbarie que regimenta a Venezuela. Esa sangre, en cambio, me hace sentir hoy aún más la fuerza insobornable del espíritu...

Madrid, 16 de diciembre de 1954.

## AMERICAS

Revista mensual ilustrada

Arte, Historia, Filosofía,

Deportes, Turismo... lo más

importante de los países

Americanos.

De venta en los puestos principales en la Moneda Nacional de cada país.

## Un caso ejemplar

(En marco de gratitud y recuerdo)

A. N. D. E.

Asociación Nacional de Educadores

San José, 23 de setiembre de 1955.

Señor

Prof. don Joaquín García Monge.  
Director *Repertorio Americano*.

Ciudad.

Apreciado don Joaquín:

A nombre de la Directiva Central de la *Asociación Nacional de Educadores*, me complace enviar a usted, como modestísima colaboración en la valiosa publicación *Repertorio Americano* de prestigio continental que usted edita al servicio del pensamiento americano, la suma de cien colones (C 100.00).

Adjunto envío cheque y recibo correspondiente para que se sirva enviar este último firmado a esta Oficina.

Con toda consideración lo saluda un servidor,

**J. Bienvenido Ramírez V.**

Secretario General de la  
A. N. D. E.

## Declaración de principios

(En Rep. Amer.)

El Instituto Argentino de Investigaciones sobre el Hombre Americano tiene por objetivo primordial interesarse en el estudio del hombre nativo a través de su tradición milenaria y autóctona, como punto de partido imprescindible para centrarlo en la visión certera de su realidad presente y futura.

En consecuencia, el I. A. I. H. A., se constituye el organismo técnico y práctico al servicio de la indagación de temas vinculados estrechamente a la realidad biológica y psicológica del individuo de nuestro Continente.

Ajeno a todo prejuicio e interés racial, político o religioso, el Instituto Argentino de Investigaciones sobre el Hombre Americano enfoca y encara el conocimiento de la cultura universal desde su propia tierra, es decir, desde adentro para afuera —como debe ser y como debió ser siempre— con la firme convicción de que los antiguos pueblos del Continente configuran la esencia y sustancia del acontecer histórico moderno.

Por lo expuesto, sus miembros se proponen estudiar exclusivamente el proceso integral del hombre americano en función de cultura, de raza, de tiempo, de conocimiento de sí mismo por vía directa, de comprensión y aceptación de las incógnitas prehistóricas y protohistóricas de América. Tienden, pues, a reunir todos los esfuerzos individuales, de las instituciones científicas y de los interesados en el mismo gran problema, para hacer el cotejo de los conocimientos adquiridos y formular, de este modo, recomendaciones encaminadas a disminuir y allanar los obstáculos de nuestra propia formación cultural.

I. A. I. H. A. fomentará el intercambio en todos sus aspectos técnicos y prácticos de informaciones y otros materiales culturales, folklóricos, científicos educativos entre los pueblos de América y, en tal sentido, brinda al país y al Continente su patriótica colaboración, la cual tiene el aval de la sinceridad con que se trabaja y el acendrado amor a América que inspiran y armonizan nuestra actividad de interés común y mutua comprensión.

Buenos Aires, Rep. Argentina.

## ENTERESE Y COLABORE

Lima, a 8 de Julio de 1954.

Señor

Director de *Repertorio Americano*  
San José de Costa Rica.

Distinguido Director:

Molesto su atención, luego de presentarle mis saludos para que por conducto del prestigioso Diario de su dirección, se sirva hacer un llamado a los poetas y escritores de vuestro país, para que contribuyan remitiéndome por paquete certificado marítimo, a la Casilla Postal 365, al aporte de sus obras u otras publicaciones con las cuales puedan enriquecer la Biblioteca que por propio peculio he empezado a levantar el último 14 de Mayo al cumplirse el 79º aniversario del nacimiento de mi padre **José Santos Chocano**, con lo cual se perdurará su memoria, en la tierra en que naciera.

No busco ninguna ayuda económica, sólo busco la ayuda moral de quienes le conocieron y admiraron y de quienes deseen contribuir a que las actuales generaciones del Perú conozcan algo de quienes le hacen justicia desde lejanas tierras. La Biblioteca se está levantando en la calle de Las Margaritas, entre las urbanizaciones de Los Jardines y San Eugenio de esta vieja virreynal ciudad que cantó en bellas estrofas y se abrirá en breve; por ésta razón, solicito las remesas rápidas para su clasificación y en su recinto se guardarán también manuscritos, objetos y fotografías que le recuerden.

Expresándole mis agradecimientos por la atención y cabida en sus páginas de esta carta, soy de Ud. obsecuente servidor,

**Eduardo A. Chocano.**



## Página lírica

de Carmen Antía Martínez  
(En Rep. Amer.)

## TE HE ENCONTRADO

A Jesús "El Maestro".

Te he encontrado, cordero de mis sueños.  
Te he encontrado en la mañana amanecida para mí  
Y en las augustas cimas te he encontrado  
y en la escarcha del tiempo te he encontrado.  
Te he encontrado hecho flor y amanecido  
en la ribera quieta del poniente  
y te he encontrado extasiado y mirando muy paciente  
mi dudar que te envuelve.

Te he encontrado en el mirar dulcísimo  
de sus ojos que amo  
y te he encontrado como luz ardiente allí en su corazón  
Te he encontrado moreno y de alabastro  
Te he encontrado en la yema de mis dedos  
te he encontrado canción.  
Te he encontrado en el ave y en la ternura mística de mi niña  
y te he encontrado alado en mí, y gozoso  
Primaveral en tu sollozo te he encontrado.  
Te he encontrado en la serena quietud de mi tiempo  
y has abierto mis claros con tu fino mirar.

¡Qué emoción dulcísima sobrecoge mi espíritu que te ha encontrado!  
Y en la alta cima y en el valle bajo  
Y en el agua también yo te he encontrado.  
Te he encontrado violeta y girasol, llama y ceniza  
Te he encontrado dormido en mi regazo; despierto entre mis manos  
Te he encontrado clavel, lirio, amapola  
y en la luz de mi estrella te he encontrado.

Te he encontrado en el sonido casto de la aurora al romper  
Te he encontrado: momento delicado el día que te besé.  
Y así en mi luz, así yo te he encontrado  
En tu palabra suave que en mi río se baña  
Así yo te he encontrado,  
Te he encontrado sentado aquí a mi lado  
platicando conmigo lo que ayer fué de hoy, lo que hoy es de ayer  
y alargado conmigo te he encontrado, tal como aquella ley.

\* \* \*

Te he encontrado en terrible tolvana  
Sudada estoy de ti,  
Ardiendo, te he encontrado, por la fiebre  
de llegar hacia ti...  
Méceme tú que ya que te he encontrado  
Yo me quiero morir.

Nueva York,  
5 de enero de 1955.

## ESTE MI TRAJE AZUL

En tu sana tibieza  
Sol Poeta,  
he bordado yo alegre  
este mi traje azul.

Este mi traje azul  
caído en mí  
y ceñido amorosamente a mi cuerpo  
con mis sueños;  
un camino me ha abierto.  
Y un ramo grande de mañanitas  
señala hacia mi pecho.

Sol Poeta:  
sobre la falda azul  
caída,  
hanse presto las flores  
y con tal viveza quieren vivir  
que adornándome se adoran.  
¡Qué buen perfume  
que dan mis flores!

Las mañanitas sobre mi pecho,  
las tardes vivas, noches en flor  
dalias, jazmines, geráneos mozos,  
¡Cómo consienten mis alegrías!  
¡Qué buen perfume  
que dan mis flores!

Tú, Sol Poeta,  
sano tu llegas  
a mi aposento  
donde yo guardo  
frescas y claras  
todas mis flores,  
¡Qué buen perfume  
que dan mis flores  
cuando tú llegas  
a mi aposento...!

Y este sentido mi traje azul  
abrióse hermoso junto a mis sueños  
y en mi aire goza tu Juventud.

Nueva York

\* \* \*

## AMANECER LOZANO

Risa en colinas  
Carcajadas de oro  
Amanecer lozano  
Yo camino hacia ti.

Camino hacia tí  
Prestisima, gozosa de albores  
La mirada grande y bella  
Puesta hacia el Sur.  
Soy toda claridad!

Yo bajo del Norte  
Y embelezada  
Camino hacia ti.

## ACADEMIA DE MATEMATICAS

dirigida por

RAFAEL ANGEL LLUBERE

Profesor de Estado

Especialización en la enseñanza moderna del Álgebra, Geometría, Trigonometría, Álgebra Superior y Cálculo Infinitesimal.

Barrio Aranjuez.

Teléfono 3963

## Lic. Aníbal Arias R.

Abogado y Notario

San José, Costa Rica

Apartado 2352



Mis pies sienten en su desnudez  
La delicia de la alfombra  
Tendida hacia el Sur  
Y mi cuerpo anida un mensaje llegado!

Sorprendo la rotura de los cielos  
Y un chorro de luces recojo!  
Y el aire...  
Que finísimo suena!

Niña soy en este amanecer lozano

Y mientras camino  
Me alimento de mensajes  
Traídos a mí por los elementos  
Porque soy castísima y real.

Y hay una Paloma posada en mí  
Mientras yo canto  
Con mi flauta serena.

Nueva York  
Hacia un ideal.

\*

### Me he descubierto flor

Me he descubierto flor  
Gritar de Aurora!  
Quién lo hubiera pensado  
que yo llena de Gracia  
En flor me convirtiera,  
y en un suave mecer  
mi alma se diera  
con tal arrobamiento?

Danzo,  
Sobre mi tallo  
Consentida,  
Amada y arrullada por el viento,  
Y el Sol gentil  
Se ha desprendido un rayo  
y ensartólo en mi frente...  
Muy Poeta!

Sol Poeta...  
Qué ternura de luces  
desprendidas!  
Bien sé cómo me amas  
Sol Poeta!

Oh el alma enamorada  
de la flor que en mí vive,  
Y en delicado perfumar del viento  
Perfumado se ha el Universo!

Sol Poeta...  
Qué ternura de luces  
desprendidas!  
Bien sé cómo me amas  
Sol Poeta!

Nueva York.

## De los libros y de la vida

Por Luis Villaronga

(En Rep. Amer.)

### LOS PERROS DE SOIZA-REILLY

Soiza Reilly alardea en sus libros de un odio profundo, vehemente hacia los hombres. El perro es para él, símbolo definitivo de la bajeza y de la incomprensión humanas. Pocos pintores han expuesto, como Soiza Reilly, los cuadros de miseria y de dolor del mundo. Este literato es un sorprendente expositor de cuadros sombríos, que él contempla después con refinado gozo, que encubre un fondo de amargura. Parece deleitarse ante los harapos, el hambre, la desnudez, el crujir de los huesos, las fauces ardidas de sed. Y figura la sombra y el dolor del mundo en los perros. Sus perros son todos flacos, derrengados, mugrientos, sarnosos. Sus descripciones son a veces, trazos de caricaturas horribles, trazos nerviosos, difuminados. Otras veces son líneas gruesas, manchas negras, verdaderas noches de frío y terrores. Sus relatos están llenos de amargura, de desolación, a menudo de rabia...

Peró, yo he descubierto a través de estas páginas que dicen odio y fingen odio, un hombre que ama, que desea amar, un corazón inmenso. Esta pluma que quiere dibujar sombras, ¡cómo fulgura a ratos de amor! A veces, la ternura se le escapa del pecho y oís su voz conmovida y veis sus ojos iluminados por resplandor de bondad... Y entonces, sus perros pringosos, esqueléticos, dejan de ladrar y añoran caricias olvidadas de amitas muertas, anhelan amores. Y entonces los perros de Soiza Reilly sonríen como ángeles.

### AMOR

Como Dios, en su fiebre creadora, sin abandonar el cielo, creó los mundos; así el hombre, por artes divinas del Amor, crea

en la tierra, el cielo. Todo hombre que ama lleva en derredor suyo un aura de cielo que le envuelve, le protege y le eleva. Es por el Amor que conocemos anticipadamente el cielo. El hombre que ama trae a la tierra una cantidad de cielo igual a la de su amor.

El hombre que ama es un creador, no en el sentido de engendrador de hombres, sino en el más elevado de creador de un mundo espiritual, de luz y de armonías.

El Amor es la más eminente de las virtudes. El Amor engendra y contiene en sí todas las virtudes como se contienen en un rayo de sol todos los colores y en la vasta Providencia que rige el universo todas las sabidurías.

El hombre que ama con apasionado, verdadero y desinteresado amor se convierte en hombre grande y noble. Su afán de expresión, de crecimiento, de espiritualización, le hará irradiar sobre el mundo sus fuertes y acendradas virtudes... Y creará de este modo el alto mundo espiritual de la Verdad, del Bien y la Belleza.

### LAS COSAS FRAGILES

¡Las cosas frágiles! Ellas son lo más bello de la vida. Ellas son la gracia, la delicadeza. Hay en todas esas cosas cierta analogía con nuestras propias vidas y es por eso que las amamos. Breve es su existencia, breve su esplendor, breve su triunfo. Como los nuestros. Y sobre sus formas bellas y graciosas vemos desplegarse una niebla de melancolía al pensar en su muerte irremediable, cercana.

Ellas son flexibles, ligeras, ingravidas, como las flores del sueño. ¿No es grato contemplarlas, desde cierta distancia, con

Si quiere suscribirse al  
"REPERTORIO AMERICANO"

dirijase a

F. W. FAXON C<sup>o</sup>

Subscription Agents

83-91 Francis Str.

Back Bay

Boston, Mas., U. S. A.

los ojos entreabiertos, el cuerpo semiten-dido, mientras un opio de belleza satura toda el alma de sueño? Ellas se balancean, giran, bailan, se diluyen, se mueren. Viven en la tierra, en el cielo, en el mar. Se mecen en los tallos, giran en el aire azul, danzan sobre el seno palpitante de la ola. Han nacido para retozar, para reirse, para ser frívolas. La nube que revuela por los anchurosos espacios pintados de aurora; la rosa que se muestra ufana en su tallo, como un beso de amor fulgurante y febril; las mariposas frágiles como pétalos de flores; el ave que hace vibrar el aire sonoro con el plectro de sus alas nerviosas; la niebla de flotantes gasas, la ilusión... Todas esas cosas las amamos, más que por su color y sus formas, porque son frágiles.

¡La fragilidad, la delicadeza de la Amada! ¿Qué es ella sino una figulina de cristal? Su cuerpecito delgado, ligero, flexible, que se balancea rítmicamente; sus manecitas de nieve, con sus dedos torneados, finos; su cabecita de pájaro que sueña la inmensa tontería de sus sueños; su risa loca, sus cintas, sus encajes, su almita tan blanda, de mariposa, ¿qué es eso sino la suprema fragilidad? Viéndola tan graciosa y feliz, ¿no se siente pena al pensar que han de fenecer su felicidad y su gracia?

Las cosas frágiles realizan la conquista de los hombres fuertes. Amamos las flores y las mujeres por su delicadeza y fragilidad. Dejaríamos de amar las estrellas cuando, al acercarnos a ellas, si pudiéramos, dejaran de ser de cristal. Las mujeres se ven más interesantes cuando un halo de palidez y de lejanía las circunda. La afición por las cosas frágiles ha creado las diversas industrias de chinerías, de lacas, de porcelanas, de bibelots, de joyas, de tejidos.

¿Y la fragilidad de los fémures, de las tibias, de la débil jaula que encierra el ave cantante del corazón? Cuando estamos frente a las Pirámides o a las montañas, tan fuertes, tan vastas, ¿no sentimos profunda piedad, intenso amor por nuestros frágiles huesos que erigieron las Pirámides, que escalaron los montes? Y el mismo corazón, tan pequeño, tan delicado, cuando lo oís cantando y hablando sólo de venturas y de sueños, no os mueve también a compasión y a ternura y sentís deseos de abrazarlo, como si los brazos, al fin y al cabo tan impotentes, pudieran abrazar y defender nuestro propio corazón, eterno aventurero de la Ilusión y del Ensueño!

¡Oh, las cosas frágiles: rosa, nube, ave, estrella, niebla, humo, virgen, mujer, Ilusión! Para vosotras es mi brindis en este día... Yo alzo mi copa de vino y bebo por vosotras, por vuestra gentileza y vuestra gracia.

San Juan, Puerto Rico. 1955.



# REPERTORIO AMERICANO

## CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754

Correos: Letra X

J. García Monge

Editor

En Costa Rica:

Susc. anual: ₡ 18.00

... "y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento  
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

Exterior:

Suscripción anual:  
\$ 5 dólares

Giro bancario  
cobrable en los  
EE. UU.

## La Revista Ibero-Americana anuncia:

*un cambio de normas editoriales que será  
un interés para todos los escritores e  
iberoamericanistas del hemisferio:*

- I. La REVISTA IBEROAMERICANA, a partir de su próximo número, *pagará toda colaboración aceptada* excepto las reseñas críticas.
- II. La REVISTA IBEROAMERICANA, a partir de su próximo número, abrirá sus páginas a la publicación no sólo de ensayos, artículos eruditos y reseñas bibliográficas, sino también a la publicación de poesías, cuentos y piezas dramáticas breves. Las colaboraciones deben ser de una extensión aproximada de 2.500 a 3.000 palabras; las poesías o antologías poéticas de 15 páginas, más o menos.
- III. La Redacción de la REVISTA IBEROAMERICANA preferirá a los miembros del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana en lo que a colaboraciones se refiere, pero ofrece también sus páginas a todos los iberoamericanistas. Las cuotas de inscripción son: en Iberoamérica, \$US 2.00; en los demás países \$US 4.00.

Estas cuotas incluyen la suscripción anual a la REVISTA IBEROAMERICANA.

**Arturo Torres-Río**

Presidente del I. I. L. I.

Director Técnico: Francisco Monterde, Universidad Nacional Autónoma de México. Ribera de San Cosme 71, México, D. F. México.

Director Literario, Iberoamérica: Julio Jiménez Rueda, Universidad Nacional Autónoma de México, Ribera de San Cosme 71, México, D. F. México.

Director Literario, Estados Unidos: Fernando Alegría, Department of Spanish & Portuguese, University of California, Berkeley 4, California, EE. UU.

Secretario Ejecutivo - Tesorero: Marshall R. Nason, Box 60, University of New Mexico, Albuquerque, New Mexico, EE. UU.

\* \* \*

## Ediciones recientes del FONDO de CULTURA ECONOMICA

### FILOSOFIA

Abad Carretero, L.: *Una Filosofía del Instante.*

V - 258 pp. \$ 12.00, Dls. 1.50.

Romanell, P.: *La Formación de la Mentalidad Mexicana. Panorama actual de la Filosofía en México 1910-1950.*

238 pp. \$ 12.00, Dls. 1.50.

### BIBLIOTECA AMERICANA

Aranha G.: *Canaan XLVIII* - 255 pp. \$ 18.00 Dls. 2.30.

López de Palacios Rubios, J.: *De las Islas del Mar Océano.*

y

Paz Matías de: *Del Dominio de los Reyes de España sobre los indios. CXXX* - 318 pp. \$ 22.00, Dls. 2.80.

### TIERRA FIRME

Alegria Fernando: *La Poesía Chilena.* XIX - 314 pp. \$ 16.00, Dls. 2.00.

### ECONOMIA

Miranda y Alcaraz: *Cálculos Mercantiles.*

436 pp. empastado \$ 36.00, Dls. 4.60.

Mun, Th.: *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior*, 213 pp., \$ 11.00 Dls. 14.40.

### SOCIOLOGIA

Moore, W. E.: *Las Relaciones Industriales y el Orden Social*, 590 pp. \$ 46.00, Dls. 4.60.

### POLITICA Y DERECHO

Molina Pasquel R.: *Contempt of Court. Correcciones disciplinarias y Medios de apremio.* 430 pp. \$ 25.00, Dls. 3.10.

### BREVIARIOS

89.—Anderson Imbert, E.: *Historia de la Literatura Hispanoamericana.* 430 pp. \$ 12.50, Dls. 1.70.

90.—Pittaluga, G.: *Temperamento, Carácter y Personalidad.* 166 pp. \$ 5.00, Dls. 0.70.

91.—Mende, F.: *La India Contemporánea.* 320 pp. \$ 10.00, Dls. 1.40. (Ilustraciones fuera del texto).

**LENGUA Y ESTUDIOS LITERARIOS**  
Beguín, A.: *El Alma Romántica y el Sueño.* 500 pp. \$ 25.00, Dls. 3.10.

### LETRAS MEXICANAS

13.—Villaurrutia, X.: *Poesía y Teatro Completos.* XXXIV - 540 pp. \$ 22.00, Dls. 2.80.

14.—Bonifaz Nuño, A.: *La Cruz del Sureste.* 270 pp. \$ 13.00, Dls. 1.60.

### TEZONTLE

Fuente, Sindulfo de la.: *El Ruedo de Calatrava*, Comedia, en tres actos. 167 pp. \$ 5.00, Dls. 0.70.

Reyes, Alfonso: *El Suicida*, Libro de ensayos, 139 pp. \$ 7.00, Dls. 0.90.

Séjourné, L.: *Supervivencias de un Mundo Mágico.* 116 pp. \$ 5.00, Dls. 0.60.

### OBRAS EN DISTRIBUCION

Reyes, Alfonso: *Arbol de Pólvo.* 136 pp. \$ 9.00, Dls. 1.20.

Reyes, Alfonso.: *Visión de Anahuac.* (1519). 63 pp. \$ 7.00, Dls. 0.90.